



Recuerdos del pasado

del pasado
Recuerdos

Jonathan López Sánchez

Recuerdos del pasado

Índice

Introducción

Prólogo

Capítulo I; Niñez

Capítulo II; Sufrimiento

Capítulo II; Segunda parte

Capítulo III; Agonía

Capítulo IV; Pensamientos

Capítulo V; Perdido

Capítulo VI; Enrevesado

Capítulo VII; Fruto del engaño

Capítulo VIII; Es mi vida

Capítulo IX; 2005

Capítulo X; Avanzar

Capítulo XI; Sin salida

Capítulo XII; Latitud

Capítulo XIII; Trece

Capítulo XIV; Maldad

Capítulo XV; Siempre ha sido así

Capítulo XVI; Recuerdos del pasado

Introducción

En la vida nos encontraremos con toda clase de situaciones; empezando desde las más corrientes hasta las más extrañas e increíbles.

Puede que incluso, en ocasiones sintamos que nos ocurren cosas que no podemos controlar, que la vida se nos va de las manos y nuestro alrededor se torna gris, y cuando por fin lo solucionamos, no tenemos con quien hablar.

Otras veces podremos sentirnos como unos mentirosos, pues la vida misma puede parecer una simple tormenta de incertidumbre, y es que llegará un punto en el cual ni si quiera tú mismo sabrás si lo que dices tiene sentido. Puede que hayas repetido tu historia, tu verdad cientos de veces pero que está aún así resulte... sorprendente.

Tenemos que parar a pensar y respirar; pensar en que todo puede llegar a ir mejor si empezamos a tomar acción desde hoy mismo y en lo importante que es tener a gente importante cerca nuestra.

Aunque en realidad no todo tiene que ir bien siempre. Las cosas cambian, y las situaciones fluctúan. La vida la puedes ver desde muchas perspectivas, pero al final eres tú quien decide si lo que hiciste fue lo correcto.

No todos somos demasiado afortunados; y no me refiero a haber nacido en familias ricas y suertudas, me refiero a que podemos ser felices si no nos estancamos demasiado en el pasado, y si somos capaces de dejar ir las cosas negativas que hemos hecho.

En ocasiones, cuando nos sintamos culpables y desdichados, hay que recordar que puede que haya sido nuestra culpa, pero que hemos cambiado, reflexionado, crecido y madurado. Hemos aprendido de nuestros errores.

Las cicatrices y las marcas de las heridas, los traumas, las muertes... siguen ahí, y lamentablemente nunca podrán borrarse del todo, pero se harán pequeñas, menos visibles. Podremos ver todas las situaciones con una perspectiva más inteligente.

Somos la suma de nuestros recuerdos, y podemos mejorar constantemente. Nuestro pasado no tiene por qué marcarnos si intentamos cambiar lo que menos nos gusta de nosotros mismos.

Ojalá que este libro os haga reflexionar, queridos lectores. La vida nos lleva por montones de pasajes y senderos, muchos sin puertas, con caminos

enrevesados. Hay que aprender a cruzar, crear estrategias y no ser como los demás, sin a la vez apartarnos demasiado de quienes amamos.

El personaje principal de este libro, Eduardo está demasiado envuelto en su pasado, en sus pensamientos, aunque muchas veces ni si quiera el se da cuenta de aquello.

Eduardo tiene que aprender a vivir sin su familia y sin sus hermanos y hermanas, es una situación muy complicada, pero nunca imposible.

Acerca del libro

Eduardo está atravesando un momento muy complicado en su vida. Acaba de entrar a un nuevo instituto pero los recuerdos del pasado no le dejan asentarse. Tiene que dejarse guiar y escuchar a las personas que hay a su alrededor, pero eso hace que se obsesione aún más con la idea de la pérdida.

Prólogo

Había una vez una historia, una, al parecer como cualquier otra. Parecía vacía e infravalorada. Parecía fría y distante, pero conforme la leías, o escuchabas, notabas como lentamente iba haciéndose más y más interesante.

Era una historia que había escrito una vez, se encontraba en el cajón de la habitación de mis padres, estaba dentro de una libreta con dibujos.

Recuerdo que aquella historia era azul y roja a la vez, aunque también tenía verde y amarillo. Me parecía distinta, más cercana a mí.

Trataba de recordar esa historia desde que mis padres me la quitaron a los siete años. Ellos no entendían que pintar era también un trabajo, mis padres creían que dibujando historias no iba a conseguir nada.

—Por favor, dame mi cuaderno. —le decía a mi madre mientras lavaba los platos.

—Sabes que no puedo dártelo. Tu padre se enfadará si te ve con él, le prometí que te lo escondería. —me decía mi madre mientras le daba de comer a mi hermano recién nacido.

—Pero he estado limpiando todo el día mamá. Ha sido un cansado, sólo quiero volver a leer la historia. —le rogaba.

Mi madre veía lo mucho que esforzaba, y parte de ella quería ayudarme y que yo estuviese bien con todo lo que hacía.

—Está bien, pero léela a escondidas en tu cama y que no te vea tu padre. Mañana después del desayuno vuelve a dejarlo en el cajón, ¿de acuerdo? —dijo mi madre con una gran sonrisa mientras que sacaba la llave del cajón de su bolsillo.

—¡Sí! Gracias mamá. —Asentí con la cabeza y me fui corriendo hacia la parte de arriba de nuestra casa. Corrí hacia el cajón para abrirlo pero...

La habitación no estaba vacía. Mi padre estaba ahí, asegurándose de que yo no cogiera nada.

—¿Qué haces, Eduardo? —me preguntó furioso.

—Nada. —agaché la cabeza y le di la llave. Estuve toda la noche llorando

desconsoladamente.

No tuve la oportunidad de volver a leer aquella historia, esa interesante vida de mis personajes. Aquellas conversaciones, sus vidas, sus ojos. Poco a poco todo eso fue borrándose de mi memoria, hasta que sólo quedó el recuerdo de que una vez a los cinco años escribí una historia increíble, una realmente maravillosa.

CAPÍTULO I;

NIÑEZ

Todo comenzó cuando Eduardo tenía diez años. Cuando sus padres decidieron que lo mejor sería apuntarlo a un colegio católico. Lo cierto era que Eduardo nunca había terminado de aprender lo que era el amor auténtico de una familia.

Todos los días después de clase el hermano menor de siete hijos tenía que aplicar una demandante rutina a su vida. Eduardo se levantaba a las seis de la mañana y comenzaba a limpiar la cabaña. La vida en el campo no era sencilla, y tampoco lo era ir a la ciudad cada día.

Sus hermanas nunca fueron agradables con él, y en el colegio no tenía mucho tiempo libre para hacer amigos, pues sus padres siempre le habían dicho que tenía que estudiar y trabajar duro, o si no, la única recompensa que obtendría en su vida sería una vida triste y pobre como granjero.

Sus padres trabajaban a diario, y sus hermanas se quedaban a hacerse cargo de él, aunque lamentablemente tampoco le prestaban demasiada atención.

Cuando tenía un tiempo después de clase, iba al centro de su pueblo y se sentaba entre las cuatro colinas. Recordaba aquellos días cuando su madre le leía leyendas acerca de esas grandes montañas.

Era complicado recordar para Eduardo lo mucho que quería a su madre cuando era tan sólo un bebé, hace tanto que no hablaba con ella. A pesar de que se veían todas las noches al cenar, nunca lograban tener una conversación auténtica.

Eduardo miró al cielo que comenzaba a nublarse, todavía hacía un frío terrible, helado e incómodo. Tampoco tenía mucha ropa con la que cubrirse, estaba toda rota y hecha polvo. Crecía mucho más rápido que sus hermanas, por lo que la ropa dejaba de quedarle muy bien rápidamente.

La felicidad no abundaba en la vida de Eduardo, estaba acostumbrado a los problemas; si no eran las escasas lluvias, era la falta de dinero y provisiones. Aprendió a vivir en la pobreza y a aceptarlo, a quejarse y a ver la vida de una

forma cruel.

Eduardo trataba de hablar con su madre en ocasiones, y a pesar de que era inútil, él no quería perder la fe.

—Hoy nos hablaron de Moisés. —dijo Eduardo mientras fregaba los platos.

—¿De Moisés? Deberían enseñarte matemáticas o algo así. —se quejaba la madre de Eduardo mientras leía frente a la mesa.

—Ya, también nos enseñan eso mamá.

—Bueno, pues es lo que deberías estar haciendo, los contables ganan mucho dinero, y ya no te digo de los banqueros.

—Yo no necesito tanto dinero, sólo quiero ser feliz.

—Eso es lo que dicen todos los niños. Inocentes y “libres”, pero después crecerás y te darás cuenta de que... estás en la vida real.

—¿Y en la vida real lo único que importa es el dinero?

—Cuando tienes dinero el dinero ya no importa. Eso es lo que todos queremos, dejar de pensar en ello.

—Las personas quieren dejar de pensar en dinero pero hablan de él todo el día y están obsesionados con él, ¿no? —reflexionaba Eduardo.

—Sí, así que por eso deberías trabajar en un banco, esos banqueros están ahí de día hablando de dinero pero luego se olvidan y siguen con sus vidas.

—¿Banqueros? ¿Por qué no puedo hacer lo que me gusta? —preguntó Eduardo, cansado de que en su familia sólo se hablase de dinero.

—¿Y qué es lo que te gusta? —era la primera vez que su madre mostraba tanto interés por él... tal vez ahora las cosas empiecen a cambiar.

—Me gustaría ser periodista. —dijo Eduardo convencido.

Su madre comenzó a reír sin parar, parecía que le habían contado el mejor chiste del mundo, aunque evidentemente simplemente no quería creer en su hijo.

—Todas las universidades de periodismo son privadas.

—Lo sé, pero podría ahorrar y conseguir una beca.

—¿Tienes idea de cuánto cuestan? —suspiró su madre.

—Ya tengo diez años, puedo trabajar. —dijo Eduardo insistiendo.

—Mira, haz lo que quieras, pero no me pidas dinero cuando te quedes en la calle, mejor pídeselo a alguna de tus hermanas. —su madre se molestó y se fue a la cama.

Eduardo siguió fregando los platos durante un rato.

¿Por qué es así? No lo comprendo.

Eduardo salió al campo después de hacer las tareas de casa para respirar el aire fresco. Al volver a casa para dormir como hacía el resto de su familia se percató de que salía abundante humo de ésta.

Entró en su casa pasando por la cocina, tratando de comprobar si todo

marchaba de forma correcta. Parecía que nada había cambiado, pero había un intenso olor a azufre, que evidentemente no podía significar nada bueno.

Lo único que había en la cocina era una sartén llena de sopa fría. Eduardo la tapó y cerró cuidadosamente para que no viniesen las cucarachas por la noche.

—¿Mamá? —dijo Eduardo silenciosamente. No quería despertar a nadie con sus paranoias, y además había que trabajar al día siguiente.

No hubo respuesta, de ningún tipo. Parecía que la casa estaba más callada que nunca.

Pasaban los minutos, Eduardo caminaba en círculos, no quería despertar a nadie, no quería provocar su furia. Pero el olor a quemado era cada vez mayor.

El niño subió las escaleras para mirar dentro de las habitaciones. Parecía que mientras más subía, más apestaba. Fue al baño de su habitación y mojó un trapo en agua para en seguida ponérselo en la boca y nariz.

—¿Papá, mamá? —preguntó Eduardo mientras tocaba la puerta de la habitación de sus padres.

El humo salía con fuerza desde debajo de la puerta. El pomo de la puerta quemaba, la habitación estaba en llamas.

Eduardo tocó el pomo pero se quemó. Le fue imposible abrir la puerta, y tampoco era capaz, no quería ver a sus padres muertos, no podría aceptarlo.

Entró en pánico, se quedó tieso. Llamó a sus hermanas gritando a todo pulmón pero nadie respondía. De pronto no pudo más y todo se tornó de color negro.

—¿Abuela? —dije mientras le miraba las canas y aquellos profundos ojos azules.

—Eduardo, por fin has despertado. —dijo su abuela con una gran sonrisa. Las lágrimas le brotaban con fuerza y apenas respiraba de la emoción.

—¿Dónde estoy? —preguntó Eduardo confuso.

—En el hospital, te habías desmayado.

¿En el hospital? Entonces todo eso fue un sueño, menos mal, creía que toda mi familia había muerto en un terrible incendio.

—¿Cómo me encontraste abuela? —preguntó Eduardo con la voz temblorosa.

—Estabas frente a tu casa. Dormido sobre la hierba. —lloraba su abuela.

La habitación del hospital estaba vacía. Habían unas flores marchitadas al costado de Eduardo, y el cielo se veía gris, contaminado. Una gran tormenta de polvo se avecinaba.

La abuela de Eduardo se levantó a cerrar la ventana mientras tosía con gran fuerza.

—Llevas semanas dormido. —dijo su abuela.

—¿Semanas?

La abuela miraba por la ventana. Se sentía melancólica. Había algo dentro de ella que no la hacía sentir del todo cómoda junto a Eduardo.

—Casi un mes.

—¿Qué ha pasado abuela? —le pregunté nervioso.

Mi abuela se quedó callada y apartó la mirada. Fue entonces cuando supe que aquello no había sido tan sólo un terrible sueño. Había sucedido, y la realidad jamás cambiaría.

—Me quedaré contigo esta noche, me ha dicho la enfermera que siempre tienen camas libres, así que podré estar contigo mientras te recuperas. —dijo mi abuela tratando de cambiar de tema mientras que le temblaban las manos.

—De acuerdo, Susana. —le respondí tratando de aparentar tranquilidad.

—Te recuperarás rápidamente, pero ahora tienes que descansar, no fuerces tu cuerpo. En seguida vuelvo. —dijo la abuela Susana mientras que se iba al pasillo.

Observé las flores, parecían quemadas, como todo dentro de mí. Abrí el primer cajón y encontré una carta, breve pero concisa.

Querido Eduardo,

Sé que es duro lo que ha sucedido. Ha sido difícil para todo el mundo, éste último año han ocurrido muchas cosas que nos han hecho dudar. Te veré mañana.

Con cariño, Susana.

Al siguiente día mi abuela volvió para enseñarme algunas cosas más acerca de la vida.

—Algunas experiencias traumáticas pueden hacer que tu vida sea vea de otra forma, de otro modo completamente diferente. —me explicaba mi abuela.

—¿A qué te refieres? —le pregunté en la cama.

—Lo que te ha ocurrido te va a cambiar. Completamente.

Me quedé perplejo. No sabía que decir.

—Puede que no sepas distinguir la realidad de la ficción. —dijo mi abuela.

—Pero sí que sé discernir... entiendo todo lo que sucede. —trataba de explicarle.

—Recuerda Eduardo, que en ocasiones el pasado puede perseguirnos por mucho más tiempo del que podemos soportar. —dijo Susana.

—Espero que no sea así. A mí me gustaría poder tener una vida normal, seguir con mi historia, crear algo, avanzar. —dijo Eduardo.

—Espero de verdad que puedas hacerlo. Mañana te dejaré algo, mira lo cuando creas estar listo. —dijo mi abuela.

Me quedé pensativo, distante. Era cierto que no me sentía yo mismo. No me sentía con el juicio suficiente como para poder afrontar mi vida. Por suerte tenía a mi abuela. Ella no me abandonaría, eso lo tenía claro.

Miré a la ventana; estaba lloviendo y hacía mucho frío. Me preguntaba si algún día podría superar esos recuerdos y poder ser feliz.

Mi abuela se marchó, cerré los ojos y me intenté relajar para descansar.

Siempre me ha gustado soñar, puedes hacer lo que quieras sin que nadie te juzgue, volver a hablar con personas que ya no están, imaginarte el futuro de otra forma aunque, veo bien que terminen, al fin y al cabo, el único que puede disfrutarlos eres tú, ahí no tienes a nadie real para compartir esos momentos pero ¿Qué pasaría si el sueño durase para siempre?

CAPÍTULO I, parte II

Durante los próximos meses los únicos que venían a visitarme eran los oficiales de policía. Al parecer nada tenía sentido...

—Dices que ha muerto toda tu familia, ¿no? —preguntaba Rodrigo, un chico rubio y alto que tenía a todas las enfermeras locas por él.

—Sí, ya he firmado todos los documentos. Están oficialmente muertos. —decía Eduardo entristecido.

—Lo siento, debe ser muy duro.

Eduardo se quedó callado, no era capaz de hablar del tema.

—Hemos estado investigando el caso y... el incendio fue provocado, no fue accidental. Hemos abierto un expediente.

—Pero yo no vi a nadie.

—Pudo haber sido cualquiera, no estabas en casa. Espiar a una familia no es tan

complicado, y mucho menos en un pueblo. —decía el oficial mientras que grababa la conversación con su grabadora portátil.

—Bueno, yo estaba fuera de casa.

—¿Qué hora era?

—Las diez de la noche, todos estaban durmiendo. —le respondí rápidamente.

—¿Notaste algo raro antes de salir de casa? —preguntó el oficial.

—La verdad es que no, todo era completamente normal, al igual que el resto de días.

—¿Tus padres estaban preocupados por algo?

—Por el dinero, pero eso siempre ha sido así.

—¿Crees que tus padres debían dinero? —se interesó el hombre.

—No lo sé... ¿cómo podría saberlo? —respondió Eduardo.

—Tal vez porque no teníais mucho dinero, y trabajabais más de lo que recibíais.

—Lo cierto es que sí, trabajábamos demasiado... pero no sé cuál es la norma, quiero decir, toda mi vida he vivido igual. No puedo comparar algo que desconozco.

—De acuerdo chico, si necesitamos más información te llamaremos. Por ahora el gobierno te compensará económicamente. —dijo el oficial un tanto

deprimido por la situación del chico.

Llegaban nuevas preguntas cada semana, se hacía cada vez más duro, pero Eduardo aguantaba todo ese proceso de forma majestuosa. Lo único que quería era llegar al fondo de la situación, honrar la muerte de su familia.

Lamentablemente sólo tuvieron que pasar un par de meses para que el caso se olvidara y se dejase de buscar información. Aquello no dejaba descansar a Eduardo.

creció solo, pero nunca se rindió. Quería demostrarle a todos que podría llegar a cumplir sus sueño de convertirse en alguien importante, a pesar de que todavía no sabía qué era lo que quería.

Pasaron muchos años, Eduardo se enfocó en dejar su pasado atrás y a su familia en sus recuerdos y avanzar hacia sus propias metas, marcar su camino.

Pero algo no cuajaba, no cuadraba. Cada vez que daba un paso hacia delante, parecía que daba dos hacia atrás y, el tiempo cada vez parecía que pasaba más rápido.

CAPÍTULO II;

SUFRIMIENTO

Eduardo esperaba con ansia el primer día de clases de bachillerato, imaginaba cómo sería y se emocionaba con tan sólo pensarlo.

Siempre soñó con la idea de tener un buen grupo de amigos con los que poder compartir sus momentos, para que en el futuro pudiese volver atrás y saber con quien trazó su camino.

Entró a la clase y vió a todos sus compañeros sentados observándole, y es que Eduardo nunca podía pasar desapercibido. Tenía heterocromía, uno de sus ojos era color marrón oscuro y el otro azul claro.

—Os presento a un nuevo compañero, Eduardo Saguer. Acaba de llegar de... —comenzó a decir la profesora mientras que Eduardo se acercaba al centro de la clase.

—De Barcelona. —dijo el joven completando lo que decía la profesora.

—¡Lindos pantalones! —gritó uno de los compañeros en un tono sarcástico.

Eduardo temblaba ligeramente, no se sentía cómodo en frente de tanta gente.

—Ve a sentarte, por favor. Si tienes alguna duda puedes acercarte a mí al final de clase. —dijo la profesora sonriendo mientras que le daba un ligero empujón para que fuese a sentarse.

—Mira, ahora va a ser el favorito de la profesora. —decía una chica mientras que Eduardo caminaba al fondo de la clase.

—Ya ves tía, sólo porque es guapo. —susurraba la otra.

—Sí que lo es, ¿no?

—Aunque su ojo, ¿qué le pasará? —las chicas elevaban la voz sin darse cuenta.

—A lo mejor es ciego. —seguían hablando.

Eduardo se sentó detrás de las dos chicas, al fondo del salón de clases. Colocó su mochila sobre la mesa y se puso a escribir sobre un viejo cuaderno.

Al parecer aquellas vocecillas no cesaban, y la paciencia de Eduardo comenzaba a llegar a su fin.

—No estoy ciego, si es lo que pensáis. —dije enfadado. Odiaba ser el centro de atención.

Una de las chicas se volvió hacia Eduardo con una gran sonrisa. Tenía los ojos verdes y el pelo color rubí. Parecía teñido, pero combinaba perfectamente con su rostro.

—¿Por qué has venido a mitad de curso? —le preguntó la chica.

—Digamos que por temas familiares. —Eduardo mantenía un silencio misterioso.

—Venga chicos. Vamos a continuar con la clase, ya conoceréis a vuestro compañero en el recreo. —decía la profesora en voz alta.

La ventana del salón de clases estaba abierta. Montones de pájaros revoloteaban en el exterior. Las hojas caían violentamente, incluso al interior.

Eduardo miró hacia el escritorio para no molestar más a la profesora y al resto de

compañeros. Pero al parecer la chica no quería dejar de hablar.

—¿Y qué haces aquí en éste pueblo?

—Vengo a estudiar, ya no podía seguir en Barcelona. —me sentía inseguro, aunque no de la forma que me imaginaba.

—¿Vives solo?

—Sí, no tengo familia.

Eduardo se entristeció. Recordaba su infancia con gran alegría y melancolía, pero desde que ocurrió el accidente, nada ha sido lo mismo.

—L—lo siento. Me imagino que no querrás hablar de ello. —la chica se volvió y no habló más durante un par de minutos.

“¿Por qué siempre tengo que hacer sentir mal a los que son amables conmigo?” Pensé para mis adentros.

—¿Cómo te llamas? —pregunté sonriendo. Hace mucho que no hablaba con nadie.

—Me dicen Mango.

—¿De verdad? —reí suavemente.

—Bueno... sí, es un mote como cualquier otro.

Ese mote se quedaría dentro de la memoria de Eduardo por el resto de su vida. Esa chica tenía algo que le llamaba la atención y quería entender porqué

Esa misma tarde cuando Eduardo volvía a casa se percató de que había una chica llorando en el pasillo.

“Tengo que hacer algo... no puedo dejarlo así.”

La chica era Mango, ¿qué le sucedería para estar así de desolada?

Eduardo dejó su mochila en el suelo y se sentó junto a ella. Se puso cómodo para sacar una

petaca de uno de los bolsillos y se la ofreció a Mango pacíficamente.

—¿Qué es esto? —preguntó Mango confundida.

—Es vodka, pero no le digas a nadie. —respondió Eduardo entre risas mientras guiñaba un ojo.

—No soy una chivata. —respondió la chica. Estaba serena y calmada una vez que había tomado un par de tragos. El efecto del alcohol empezaba a hacer su efecto.

Mango se quedó pensativa tras haber bebido. A Eduardo le resultó muy extraño observar esos cambios de humor tan repentinos.

—¿No te gustó?

—Bueno, es algo fuerte, pero no es eso. Me duelen las piernas cada vez que bebo alcohol y pierdo un poco el equilibrio.

—¿Eso es algo normal? —preguntó Eduardo preocupado.

—Lo es, si es algo que ha estado acompañándote toda la vida.

—¿Es alguna enfermedad?

—No, son simplemente cosas que me pasan. —rió Mango.

—Ahora que lo mencionas, me está comenzando a doler la cabeza. —dijo Eduardo asustado.

—Será el efecto placebo. —lo convenció Mango.

Pronto comenzaron a soltarse un poco más y finalmente pudieron abrirse.

—No creo que te vaya a gustar éste instituto. —dijo Mango.

—¿Por qué crees eso? —le pregunté.

—Está llena de gente asquerosa. No lo sé. Llevo aquí unos meses y no deja de decepcionarme.

—¿Unos meses? Pero si hemos empezado hace sólo un mes, y yo acabo de llegar.

—Me refiero a que entré el año pasado, bastante tarde, en Diciembre. Casi tuve que repetir año.

—¿Repetir?

—Sí, suena raro que lo diga, ya que mis notas son las mejores de la clase. —decía Mango extrañada.

—Parece que ni si quiera tú te lo crees. —le dije mientras bebía otro trago.

Odiaba el vodka, pero en ocasiones era lo único que me hacía sentir mejor, lo que hacía que me sintiese menos vacío, aunque nunca me alegraba ni me llenaba del todo. Pero hacía mis sentimientos y dolor desvanecerse lentamente.

Podría decirse que tenía un problema con el alcohol, no podía desengancharme, y me costaba trabajo estar dos días sin beber un trago de esa deliciosa sustancia.

—Antes era muy mala estudiante.

—¿Por qué?

—Supongo que por la edad de la rebeldía.

—¿Te llevabas mal con tus padres?

—Se podría decir que sí, pero lamentablemente eso no ha cambiado todavía. —dijo Mango.

—Ojalá pudiese quejarme de mis padres, pero ahora apenas y puedo recordarles. —dije suspirando.

—¿Por qué, ocurrió algo terrible en tu infancia? —preguntó Mango.

—¿Mi infancia? La verdad no hay mucho que contar, no recuerdo nada de ella. Sólo que que nos mudábamos mucho en mi familia. —dijo Eduardo extrañado. Estaba ya algo borracho y las palabras no fluían como normalmente lo hacían.

—¿Sabes? Hay muchas personas que no se acuerdan de sus infancias, aunque deberían

. ¿Te parece extraño que no lo puedas hacer? —preguntó Mango interesada. Parecía que las personas resultaban ser muy misteriosas para ella.

—Creo que ni si quiera me gustaría recordarla.

—¿Tan mala fue?

—Es que de verdad que no lo recuerdo. —Eduardo se presionaba con las manos sobre la cabeza, se estaba poniendo un poco nervioso.

—¿Por qué dices que apenas y recuerdas a tus padres?

—Cuando era pequeño tuvieron un accidente.

—¿Y ahora tienes a unos padres de acogida no?

Mango parecía preocupada, aunque no sorprendida ni entristecida como suelen sentirse las personas que descubren lo que pasó con mi familia.

—No, desde que murieron he estado solo.

—¿No te parece raro? Todos los menores tienen que tener aunque sea un tutor.

—Bueno... al principio iba a vivir con mi abuela pero me dejó un sobre con dinero y se esfumó

. Hablé muchas veces con las autoridades, pero era bastante responsable y tenía dinero. Así que cada semana venía la policía tan sólo para ver que todo iba bien, así que no hizo falta buscar a algún tutor.

—¿No te sientes solo?

—Ya no... ha llegado un punto en el cual ya he aceptado mi destino.

Hubo un silencio incómodo durante un momento.

—Bueno, y dime, ¿qué le ocurrió a tus padres? Antes dijiste que tuvieron un accidente, pero ahora dices que estabas siempre mudándote con tus padres. —

se interesaba Mango, parecía que quería hacer de psicóloga, eso o conocer mejor a Eduardo.

—Es, es complicado. —Eduardo comenzó a sentir migraña, no podía hacer que parase, era extremadamente doloroso.

Se fue de ahí sin decir ni una palabra. Sus ojos comenzaron a llorarle y las manos le temblaban. No había bebido tanto como para estar en ese estado.

“Soy ridículo. ¿Por qué no soy capaz de responder a una simple pregunta acerca de mi pasado? Fue trágico, pero lo he superado. Lo he superado.” Eduardo trataba de convencerse a sí mismo, pero eso nunca es una buena idea.

Así era yo. Ridículamente tímido y temeroso. Sentía que no tenía la capacidad de afrontar nada. Me sentía como en un sueño, o más que un sueño, era una pesadilla.

CAPÍTULO II;

SEGUNDA PARTE

SUFRIMIENTO

El chico volvió a casa y comenzó a lavarse las manos con fuerza. Se veían azules, en la calle hacía mucho frío y a él se le habían olvidado los guantes.

—No sé por qué mentí... mis padres murieron en un incendio que yo mismo provoqué.—decía Eduardo.

Esta vez parecía estar un poco más seguro de sí mismo y concentrado. Como si hubiese logrado superar las dificultades del primer día de clases.

Llevaba puesto un jersey de color azul marino y pantalón marrón que a su vez resaltaba a la perfección con sus ojos brillantes. Su cabello negro y liso estaba ahora acomodado, peinado hacia arriba en vez de tapándole el rostro.

Vivir solo no era tarea fácil. Eduardo tenía que aprender a lidiar con sus propios pensamientos y espejismos, por lo tanto decidió llevar una vida muy estricta y organizada.

Todos los días se levantaba a las seis de la mañana para darle una limpieza general a su casa. No era algo muy normal, ni si quiera su psiquiatra podía hacer que parase aquella conducta, pero lo cierto es que era lo único que lo relajaba.

Desayunaba a las ocho; un zumo de naranja natural con una tostada. No le gustaba beber café ya que lo alteraba más de lo normal, y odiaba sentir que no tenía control sobre su propio cuerpo.

Una hora después. tenía que ir a clase, pasaba ahí casi el resto de la tarde ya que trataba de perder el tiempo intentando evitar llegar a casa.

No tenía ninguna actividad extraescolar ni un pasatiempo particular, aunque una vez por semana acudía a su consulta con la psiquiatra.

El apartamento le traía malos recuerdos. Le hacía recordar lo solo que se encontraba, que no tenía a nadie.

Por las noches no lograba dormir de forma eficiente ya que cada vez que cerraba los ojos veía el día en el que sus padres murieron.

Al siguiente día, por la tarde era la cita semanal con la psiquiatra. Como siempre, Eduardo, con sus 17 años encontraba la forma de comprar cigarrillos. Así que antes de llegar a la consulta, se fumaba uno.

Eduardo entró a la recepción y saludó como siempre a la secretaria.

—Espera a la doctora, pronto te atenderá. —dijo Elvira, la secretaria.

—Gracias. —dije mientras me sentaba.

Comencé a buscar algún chicle en mi bolsillo. Sé que me había quedado alguno por aquí... rebusqué por todas partes pero resultó completamente inútil.

—¿Quieres un caramelo? —me preguntó Elvira con una amable sonrisa en su rostro.

Elvira era castaña, tenía el cabello corto y recogido en un moño. Siempre sonreía y parecía estar feliz. La conocía desde hace un par de años.

Me dio vergüenza pensar que Elvira sabía lo que pasaba, que ella sabía que me gustaba fumarme un cigarrillo antes de las sesiones.

—Yo también fui joven, y tampoco es que sea tan vieja. —rió Elvira.

—Yo nunca he dicho que lo fueses. —me acerqué a ella. —Gracias. —le dije mientras me metía un caramelo en la boca.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Diecisiete. Espero que no me des la charla por fumar. —dije mientras caminaba rodeando la habitación.

—Bah, yo empecé a fumar a los dieciséis, aunque por suerte lo dejé hace mucho tiempo.

—¿Y tú? ¿Qué edad tienes? —le pregunté.

—Veintitrés. Soy joven, ¿eh? —rió Elvira.

—Sí que lo eres. —respondió Eduardo empanado al darse cuenta de que Elvira no estaba tan fuera de su alcance como él creía.

En ese momento salió la psiquiatra, interrumpiendo así su momento mágico que muy pronto se convertiría en terriblemente incómodo.

—Te recomendé no fumar. —dijo la psiquiatra.

Eduardo cerraba la puerta de su despacho.

—Ya... es fácil decirlo.

—Al principio te parecerá que te ayuda con la ansiedad, pero a la larga... no hay nada peor.

—Estoy tratando de dejarlo.

—¿Y que me podrías decir sobre el alcohol? —me preguntó desconfiada.

—Lo intento.

La psiquiatra suspiró.

—Siéntate por favor. —me dijo.

Me senté y comenzamos a charlar.

—No fue por tu culpa. —dijo la psiquiatra. Ella lo observaba con compasión, conocía a la familia de Eduardo hace muchos años. —Fue un accidente, ¿de acuerdo? Así que respira hondo y no te preocupes, todo irá bien.

—Lo sé, eso intento repetirme constantemente pero, no funciona. No dejo de recordar una y otra vez la misma escena; me veo a mi mismo encendiendo el fuego en la cocina y yéndome de casa a respirar aire fresco. —se quejaba Eduardo. De pronto sacó una lata de Coca—Cola de su mochila y comenzó a beberla.

—Eduardo. —insistió la psiquiatra.

—¿Qué pasa? ¿Tampoco puedo beber refrescos?

—No, no deberías y lo sabes. Tienes problemas de ansiedad y estrés post—traumático. No creo tener que recordarte los efectos secundarios de esta clase de bebidas. —decía Marina. Se levantó y cogió una botella de agua que se encontraba sobre su escritorio. Eduardo la cogió y la intercambió por su lata de Coca—Cola, con desgana.

—Tranquila, no tienes por qué repetirlos, me los sé de memoria. —dijo Eduardo entristecido.

La psiquiatra respiró con fuerza para poder retomar la conversación de la mejor forma posible.

—La culpa es un sentimiento muy fuerte y doloroso, es como si una bestia te estuviese devorando por dentro. —explicó Marina. —Pero no puedes sentirte culpable por ello durante toda tu vida. Tienes que tratar de superarlo e ir hacia delante.

—Comprendo lo que tratas de decirme. Pero es muy difícil.

—Ni si quiera recuerdas con exactitud lo que ocurrió aquella noche que te fuiste. No puedes basar la realidad en algo que; “crees que recuerdas pero no estás seguro.” Porque cualquiera de tus imaginaciones podría ser válida, pero dar control a tu imaginación es una decisión terrible, porque así solamente va a buscar más y más excusas para ponértelo difícil. Vas a seguir buscando modos de culparte. —decía la psiquiatra con tranquilidad.

—¿Y qué puedo hacer si todo eso no para?

—Tu memoria te juega malas pasadas. He leído el informe policial y decía que el incendio no fue causado por la cocina, ni si quiera fue provocado en la planta baja. Y si mal no recuerdo, hace un tiempo me dijiste que fue tu madre la que estuvo cocinando en la planta baja. Así que no es posible que tu hayas sido el causante de aquel incendio —recordaba Marina.

—Es cierto, no soy capaz de recordarlo. La versión de la historia cambia junto con mi estado de ánimo.

—Es necesario que te centres en el lado positivo de las cosas. Por ejemplo, las cosas ocurridas durante la última semana. ¿Qué te ha pasado que te guste recordar?

—Bueno... entré al bachillerato, finalmente me pude inscribir.

—Ese es un gran avance después de todo un año sin poder ni escuchar hablar de la educación.

—Lo sé y pude hablar con alguien.

—¿Hiciste amigos? —sonrió la psiquiatra.

—Creo que deberíamos empezar por el singular, hice una amiga. Se llama Mango. —cuando Eduardo hablaba de ella, los ojos se le iluminaban.

—¿Mango? Es un nombre curioso.

—En realidad es un mote. A mi me gusta.

—Ya veo, parece que te gusta algo más de ella aparte de su mote, ¿no? —preguntó la psiquiatra.

—Ella me agrada. La vi llorando en el pasillo y no fui capaz de seguir andando, tenía que ayudarla. —decía Eduardo.

—Entonces te identificaste en ella, ¿no es así?

—Sí, siento que nos comprendemos. —dijo Eduardo sonriendo junto con un suspiro.

—¿Qué hace que te sientas así?

—No lo sé, sólo tiene quince años pero es como si fuese más madura y sensata que el resto de los compañeros. Como si me comprendiese a un nivel mucho más profundo, ¿sabes? Es realmente increíble.

—Pues sigue hablando con ella, pero no seas mala influencia Eduardo, no le ofrezcas bebidas alcohólicas ni tabaco, podrías meterte en problemas. —dijo Marina.

Eduardo se quedó pensativo, ya era demasiado tarde para eso, ya había influido de esa forma en Mango, pero a decir verdad le daba igual. La quería conocer mejor y divertirse con ella.

A Eduardo solamente le bastó darse cuenta de que le estaba gustando esa chica para que toda su vida diese una vuelta de 180 grados. Eduardo ya no se sentía tan solo como hasta hace poco, ahora quería tener un futuro diferente, y sabía por dónde empezar.

A la mañana del lunes, Eduardo se preparó unos waffles con chocolate y un zumo. No podía parar de sonreír con la idea de lo bien que quería que le saliese el día.

“Tienes que dejar de ser tan ñoño.” Se decía a sí mismo.

“Ya... lo sé, pero no lo puedo evitar.” Se respondía.

Eduardo estaba teniendo una conversación muy seria consigo mismo y su

otro yo del espejo.

—Por lo menos ten la decencia de disimular. —dijo en voz alta.

—Está bien, llevaré un libro.

Eduardo cogió un libro y se fue con su sonrisa de atontado al instituto.

Llegó muy temprano. Se sentó en su sitio y fingió que leía, aunque en realidad estaba demasiado nervioso como para poder hacerlo.

Mango llegó a clase. Llevaba una camiseta de manga larga color negro y esta vez se había puesto maquillaje oscuro. Algo diferente a lo que solía llevar.

Eduardo la estuvo observando durante horas, por suerte ella no parecía darse cuenta de aquello, o de lo contrario pensaría que es algún especie de acosador.

Mango no habló con nadie, ni quería mirar a nadie, parecía que la habían lastimado. Estaba deprimida.

En cuanto sonó la campana, Eduardo fue corriendo a hablar con ella.

—¡Mango! Espera. —la detuvo Eduardo.

—¿Qué pasa?

—Sólo quería hablar contigo, me gustó mucho conversar el otro día...

—No me apetece que vuelvas a dejarme sola. —dijo Mango enfadada mientras que trataba de irse.

—No... no lo volveré a hacer, lo siento es que aún no estoy preparado para hablar de mi familia, espero que puedas comprenderlo.

—Está bien, te entiendo. No siempre se está preparado. —dijo Mango.

—¿A dónde vas?

—No lo sé, no quiero ir a casa.

—No tienes por qué ir todavía.

—Dame una excusa para que no vaya.

—¿Te invito a comer? —le pregunté tímido.

—Muero de hambre.

Ambos se fueron caminando entre risas, les entusiasmaba hacer algo que estuviese fuera de la rutina.

Fueron a un restaurante de comida asiática, algo informal, un sitio en el que podían hablar con tranquilidad de los temas que más les gustaban.

—¿Cuál es tu comida favorita? —le pregunté.

—Adoro el sushi, es la mejor comida del mundo. Muy deliciosa.

—Yo odio las algas. —reí nervioso.

—A la gente no suelen gustarles.

—Y... ¿hay algo que tenga que saber de ti? —me preguntó Mango.

Me puse a pensar con nervios en todas las cosas que había hecho. Me sentía como un auténtico delincuente, como un criminal.

Marina dice que no fue mi culpa, que no fui yo el que le causó todo ese daño a mi familia, pero el sentimiento de culpa simplemente no cesaba. Se repetía día a día con más y más fuerza.

Si no fui yo quién los quemó, ¿por qué me sentía así?

—No, nada del otro mundo. —dije mientras dudaba de mis propias palabras

—Hmm vale está bien. —respondió Mango sorprendida, como si supiese lo que pasaba.

—Sabes Eduardo, me encanta la pintura, es increíble la cantidad de tiempo que invierto pintando es impresionante, se puede transmitir una historia completa a través de esa clase de arte.—Dijo Mango con brillo en sus ojos.

Eduardo recordaría estas palabras.

CAPÍTULO III;

AGONÍA

Muy pronto Mango se convirtió en la pieza del rompecabezas que yo necesitaba. Me había pasado toda una vida preguntándome si algún día podría llegar a conocer a una persona que me facilitase tener la estabilidad que necesitaba.

Parecía que yo nunca iba a ser feliz, que no sería justo para mis padres, que todos hablarían mal de mí y que sentiría que todo lo malo y negativo que me sucediese, me lo merecería.

Yo tampoco es que fuese ningún santo. Fumaba y bebía alcohol sin parar, me gustaba también salir por las noches de vez en cuando a pintar las paredes con un grafiti o dos, y no

quería que nada de eso terminase, ni tenía intención de cambiar.

Desde que todas esas desgracias les ocurrieron a mis padres, se podría decir que perdí la fe en todo lo que me rodeaba, incluso me miraba a mí mismo en el espejo y no era capaz de decidir cuál era el bien y cuál el mal. Cada vez que respiraba, me perdía.

Pasaban los minutos pero Mango no llegaba. Eduardo comenzaba a ponerse nervioso. En cuanto llegó su compañera de asiento Eduardo decidió preguntar que era lo que estaba pasando.

—¿Y Mango? —preguntó Eduardo preocupado.

—Ella... no va a venir. —respondió Linda.

—¿Por qué? —dijo Eduardo mientras empezaba a sudar.

—No me lo explicó. Solamente me dijo que tenía que irse de la ciudad. Tampoco sé cuándo volverá.

—No lo entiendo, ¿no es tu mejor amiga? —le pregunté.

—Últimamente ya ni la reconozco. Ayer vino borracha a mi casa, llorando. —decía Linda.

—La clase ha comenzado. Todos en silencio. —dijo la profesora de forma

estricta.

“¿No vendrá más?” Me estremecí en mi asiento. “¿Cómo?” No podía entender como mi ilusión se iba a esfumar tan rápido

Durante la clase estuve muy callado, mucho más de lo habitual. Sentía como una daga me perforaba el pecho y no me dejaba respirar.

Me acerqué a la profesora cuando terminó la clase, puede que ella supiese más que yo.

—¿Qué necesitas? —me dijo con mirada distante.

—No mucho, en realidad quería saber si usted sabía algo de Mango.

—Ya... llevaba aquí un tiempo, pero parece que vosotros habéis simpatizado muy rápido, ¿no? —decía la profesora.

—Sí, me caía muy bien, aunque la verdad no llegué a conocerla demasiado, lamentablemente.

—Lo siento, no sé nada de ella, sus padres tienen un trabajo importante y muchas veces no avisan ni si quiera a los institutos de los cambios que hacen para que estemos al tanto, pero bueno.

—¿Se mudaba con frecuencia? —pregunté confuso.

Era como si a Mango le ocurriese lo mismo que a mí. Odiaba pensar que no me tomé el tiempo suficiente para conocerla. Que no la escuché lo que debería, que la mayoría de las veces era ella quien callaba y yo quien hablaba.

Me sentí muy culpable y perdido. ¿La encontraré? ¿Por qué la busco tanto si acabo de conocerla?

—No puedo revelar esa clase de información. —dijo la profesora mientras metía su portátil en el bolso.

—Ya veo... está bien, se lo agradezco. —dije mientras fingía una sonrisa.

—¿Y el resto de tus compañeros?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿No hablas con ninguno?

—La verdad es que soy una persona bastante tímida, aunque con Mango era diferente.

—¿No te sientes cómodo? —se molestó la profesora.

—Sí, sí me siento cómodo aquí. Me habéis recibido muy bien, en verdad os lo agradezco. Es sólo que me gustaría poder hacer algo más por Mango, ¿sabe?

—Bueno... —la profesora se quedó pensativa durante un par de segundos. —Sí que hay algo que puedes hacer por ella. Lleva sus libros y el resto de pertenencias al despacho del director.

—Gracias, claro que sí. —¿sus pertenencias? Eso significa que podré ver si hay algo útil, alguna pista para poder encontrarla.

—Yo tengo que irme, ¿te veo mañana?

—Hasta mañana. —dije nervioso.

En seguida me senté en el suelo junto a su silla y comencé a observar y toquetear todo lo que había debajo de ella.

“Libros, cuadernos, bolígrafos... nada parecía útil.”

Parecía... pero nada nunca es lo que parece. Dentro del libro de historia había otro cuaderno más pequeño. No tenía ningún dibujo ni color peculiar, no parecía nada importante al principio, aunque pronto, me dí cuenta de que era su diario.

¿Por qué lo dejaría aquí?

Los próximos días no eran demasiado felices, ni animados. El ambiente se sentía extraño, y la echaba de menos. No la conocía, eso es cierto, y puede ser que solamente estuviese obsesionado con la idea que tenía de ella, pero, ¿cómo iba a saberlo si no me tomaba el tiempo para conocerla?

El diario estaba sobre la mesa del salón. Cada mañana al levantarme lo observaba con impaciencia. Todavía esperaba que volviese, que hablásemos y que me contase todo lo que había ocurrido, como hacía en mi imaginación.

—Estaba enferma. —dijo Mango.

—Pero todos creímos que te habías ido muy lejos y que jamás volverías. —le decía preocupado.

—Eduardo, no tengas miedo, todo irá bien. —sus inocentes ojos brillaban con ternura mientras me miraba.

—Esta bien, confío en ti. —respondí suspirando

Pero esa conversación que tanto esperaba, nunca sucedía. Pasaban los días, incluso pasaron semanas y no quedó ni rastro de ella.

En el instituto las personas se olvidan muy fácilmente de las cosas, las noticias van y

vienen, la información vuela constantemente, pero yo no quería que se olvidasen de ella, necesitaba hablar con todos para recoger información.

—Tengo que hablar con ella, quiero contactarla. —le decía al director tratando de mantener la calma.

—¿No llegaste a esta institución un tiempo después que ella? —preguntó.

—Sí, pero me gustaría saber dónde está, si está bien. Quiero decir, no le dije nada a nadie, podría estar en peligro.

—¿En peligro? Y crees que el instituto Miguel Díaz no se encargaría de eso, ¿no? —el director estaba muy enfadado.

—Lo siento, no quería decir eso... solamente me gustaría saber si hay algún teléfono de sus padres o de ella, alguna forma de contactar con ella. —preguntaba con esperanza.

—Creo que lo mejor es que te olvides de ella.

—¿Por qué? —me entristecí.

—Sus padres son políticos importantes en Francia y no puedo revelar nada acerca de su vida o de lo que le ha sucedido en el pasado, y tú tampoco deberías indagar. —me explicó el director.

—Pero, yo creo que si le llamo... puede que hable conmigo. —dije.

—Aunque tuvieses su número, no te dejarían hablar con ella, antes tendrías que discutir con sus padres, sus guardaespaldas y sus secretarias. —se frustró el director.

—Parece que usted ya ha pasado por esto. —dije razonando.

—Sí, y muchas veces. Yo no quería que ella se fuese, era muy buena estudiante, y ahora otra mudanza, a final de curso... será demasiado para ella.

—¿Qué fue lo que pasó? —me interesé.

—Sus padres me dijeron que no me incumbía, y que no los volviese a contactar nunca más. Una lástima. —dijo el director.

Aquella fue una noticia terrible. Parecía que se me habían terminado todas las formas que había de hablar con ella... ¿o no?

Volví a casa y la carga sobre mis hombros parecía interminable. Miré su diario sobre la mesa y se me ocurrió que aquella sería la única alternativa posible.

Me preocupaba mucho leer su diario, no quería violar su intimidad, y sentía que si lo abría... aquello sería como aceptar que ella ya se había ido, y que no volvería jamás.

Antes de conocerla no tenía la misma percepción sobre ciertas cosas, y podría decir con gran certeza que ella me inspiró, fue como si de pronto todo cobrase sentido, nunca me olvidaré de aquella sensación.

Abrí el diario con gran intriga y nerviosísimo, las primeras páginas estaban llenas de garabatos y líneas sin sentido, pero conforme comenzaba a hojearlo, todo empezaba a verse mucho más claro.

En parte me daba miedo abrirlo porque tenía la sensación de que encontraría algo que no me iba a gustar, yo ya la había idealizado, y no quería encontrar cosas de su pasado que me hiciesen replantearme las cosas.

Empecé a hablar en voz alta mientras leía, me ayudaba a concentrarme y sentir que tengo el control de lo que estoy haciendo. Y ahí fue, donde todo comenzó

CAPÍTULO IV;

PENSAMIENTOS

10/10/14

Querido diario,

Nos volvemos a mudar. Estoy cansada de tener que hacer siempre lo mismo. Es como si mis padres no viesen lo mucho que sufro, o como si no les importase en lo más mínimo.

La letra de Mango se veía alterada, era doloroso verla sufrir. Me preparé un café y fui a la terraza a tomarlo mientras leía acerca de su vida.

Ahora tenía más tiempo para leer. Quería descifrar cada página de su diario, tal vez así encontraría el lugar en donde se encuentra.

“Vamos a adelantar esto un poco.” Pensé para mí mismo.

23/12/14

Querido diario,

He faltado mucho a clase, pero nadie sabe la razón. Incluso mis padres les han mentado a todos los profesores, todo ello para que nadie sienta pena por mí, para no tener que ser “la rara”. A mi no me importa serlo, solo quiero volver.

Me pregunto si pasaré la navidad en silla de ruedas.

Los tratamientos y medicamentos han sido muy duros. Cada día me encuentro peor y en ocasiones ni si quiera puedo mover los pies. La...

“¿Qué le pasa a Mango?” Pensé.

No tenía ni idea de qué Mango sufriese de alguna enfermedad, y mucho menos de una que fuese tan peligrosa y grave.

Parece que Mango no tenía una vida fácil, ¿y si se había mudado a causa de su enfermedad?

Se me hacía tarde, tenía que ir con mi visita semanal a la psiquiatra, pero aún tenía un poco más de tiempo, todavía me quedaban unos minutos para leer un par de páginas más.

17/01/15

Querido diario,

Hace mucho frío en la calle, me duelen las piernas al andar, pero gracias a la terapia sé que por lo menos por ahora no las perderé.

No me gusta estar en casa, mis padres siempre discuten, así que todos los días después de clase me voy a mi sitio secreto, al bosque. He construido un pequeño refugio, aunque he de confesar que ha sido trampa.

En el bosque hay una cabaña muy grande, así que supongo que solamente me he adueñado de ella. He colocado mis cosas y la he ordenado, ojalá fuese mía, es perfecta.

El bosque... eso está muy cerca, podría ir a buscar aquella cabaña, ¿y si Mango sigue ahí?

Comenzó a sonar el móvil de Eduardo, el cual marcaba la alarma para tener que irse a la consulta.

No sé ni qué contarle a la psiquiatra, siento que todo esto es inútil y ni si quiera sé si voy a ser capaz de superar todo esto. Sólo espero que Mango esté bien.

—Entonces esa chica... Mango, ha desaparecido, y no tienes forma de contactarla. —decía la psiquiatra después de haber escuchado todo lo que Eduardo tenía que decir.

—Sí, pienso en ella todo el día, es frustrante lo mucho que lo hago. No puedo parar, es como si me sintiese responsable de todo.

—Pero tú no eres el responsable, no tienes la culpa de nada de lo ocurrido. —trataba de convencerle la psiquiatra.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en que si hago algo... puede que lo cambie todo.

—Tus pensamientos son un tanto abstractos e idealistas,

Eduardo. Deberíamos empezar a trabajar más esa área.

—Eso no es nada fácil, créeme, lo he intentado. —dijo Eduardo cabizbajo.

—Podrías ir a su casa, o buscar su teléfono en la guía telefónica, tampoco tiene que ser tan complicado, ¿qué hay de sus redes sociales? —se interesaba la psiquiatra.

—Es cierto, podría preguntárselo a su mejor amiga.

—Por supuesto, no tienes que permitir que tu imaginación se adueñe de ti, y menos aún habiendo sufrido un trauma como el que tú has tenido que pasar.

—Es cierto, tienes razón. Debería dejar de obsesionarme y comenzar a buscar soluciones reales.

Un par de días más tarde decidí armarme de valor y preguntarle a la amiga de Mango si podría darme su Facebook, o si había algún modo de contactar con ella.

—Sus padres eran muy estrictos con el tema de las redes sociales, las aborrecían. Es por eso que ella no tenía nada de eso, ni si quiera un teléfono móvil. Es muy irritante. —dijo con frustración.

—¿Sabes donde vivía? —le pregunté.

—Sí, pero ya no vive ahí.

La miré expectante, esperando a que me dijese la dirección de Mango.

—¿Dónde vive?

—En la calle Juan Bautista 21.

Eduardo no se detuvo ni un momento a analizar la situación y en seguida fue en busca de la casa de Mango.

“Imagino que no vivirán más ahí, puede que ya estén muy lejos, pero tal vez encuentre alguna pista, alguna muestra de su ausencia que me ayude a encontrarla.” Pensó Eduardo.

La calle en dónde vivía Mango estaba desierta. No había nadie y las casas parecían destrozadas, ¿será que era una dirección falsa? ¿Y si sus padres trabajaban para alguna clase de gobierno secreto?

Todo ello me parecía muy extraño y sospechoso, pero el misterio de lo que podría suceder me atrapó y animó a seguir adelante.

Escuché unos gritos dentro de la casa al pasar justo a un lado de esta. Parecía carbonizada, no creo que nadie la hubiese habitado en montones de años. Era doloroso incluso verla.

No podía creer que todo aquello había sido una farsa, ¿cómo es que nadie sabía acerca de la vida secreta de Mango?

Corrí subiendo las escaleras siguiendo los llantos tan desgarradores del piso superior. Me daban escalofríos con tan sólo pensar que era lo que había ahí arriba. ¿Una persona? ¿Mi imaginación?

Tenía miedo, sentía terror, pero no quería que aquello me detuviese.

Entré en la habitación principal, los llantos cada vez se oían más fuertes. Comencé a sentir con fuerza el olor del carbón humeante y del fuego fresco. Me recordaba al día en el que quemé a mi familia.

De pronto los ví, a todos. Mango gritaba mientras se quemaba todo su cuerpo, mis padres ya estaban podridos y quemados en el suelo.

Gritaban mi nombre pero ya no podía escucharles, ya no era capaz. Me dolía el corazón, el alma.

Aquél que los mató no fui yo, fue un espectro, un monstruo que vivía dentro mío pero que yo no podía controlar, era mi condena, un infierno que tenía que soportar constantemente.

Rápidamente todos se desvanecieron, la habitación se quedó vacía y las cenizas se convirtieron en polvo. Me di cuenta de que todo había sido obra de mi exacerbada imaginación.

Sentía como me estaba volviendo loco muy lentamente. Mi obsesión, todo eso lo había llevado a otro nivel, creo que nunca debería de haberme acercado e involucrado tanto. Pero creo que ya es demasiado tarde.

La casa de Mango estaba vacía y destruida, ni si quiera creo que ella haya vivido ahí alguna vez. Entiendo que sus padres se preocupaban por ella y por su seguridad, pero puede que se pasasen al no dejar que ella hiciera lo que quería hacer mientras era una adolescente.

La mayoría de veces los padres educan a sus hijos de la mejor forma posible, aun sabiendo que muchas veces, no por creer que es lo mejor, es lo que va a ser más eficiente. Parece que la clave no está en dar solo afecto y permisión, sino encontrar el equilibrio entre el afecto y saber poner límites

CAPÍTULO V;

PERDIDO

Habían pasado tres meses desde la desaparición de Mango y lo cierto es que muchas cosas habían cambiado. Eduardo se había leído el diario de Mango unas cinco veces, y visitó todos aquellos lugares descritos en él, aunque finalmente no fue capaz de encontrar nada.

Ahora que no tenía con quien hablar, era presa fácil del bullying.

¿Alguna vez os han hecho bullying? Es una sensación muy desagradable, creer que te encuentras completamente fuera de un círculo social, viendo como los demás no hacen nada cuando lo necesitas.

Lo que realmente me costaba entender, era como había chicos que se lo pasaban bien haciendo sufrir a los demás, según ellos “lo hacen de broma” aunque a veces tenemos que pararnos a reflexionar sobre las consecuencias de nuestros propios actos.

—Eh, dame eso. —decía uno de los matones mientras que acorralaba a Eduardo en el baño.

—No te daré mi móvil.

—Ah... ¿no? —el matón le dió un buen puñetazo en la nariz.

Eduardo cayó al suelo y comenzó a sangrar con gran intensidad. El dolor parecía insoportable, pero lo que no quería era tener que ser siempre la víctima.

Eduardo despertó unas horas después en su casa, no recordaba nada de lo que había ocurrido en el día. Lo último que recordaba era el doloroso golpe siendo penetrado en su rostro.

La cabeza le dolía, y fuera estaba lloviznando como si fuese Octubre. Eduardo estaba cansado de esperar a que Mango volviese, así que decidió dar un paseo por el pueblo.

Pasó cerca del cementerio y comenzó a comprobar cada una de las tumbas por si acaso ya no estuviese viva.

Caminaba entre las lápidas y sus zapatos se enterraban bajo tierra ya que el agua humedecía el suelo.

Se sentó apoyado en una piedra y se fumó uno de sus cigarrillos. Mango ni

si quiera se encontraba en el cementerio, y el misterio que envolvía su vida era incluso más doloroso que la muerte.

¿Dónde estás?

Parecía ser que la desaparición de Mango no era la única que envolvía al instituto, ahora el problema era que el matón, aquel que el día anterior había amenazado a Eduardo, ahora ya tampoco estaba por ninguna parte.

Eduardo entró a la institución y el ambiente se sentía muy incómodo y nervioso. La policía estaba entrevistando a todos los que asistieron al instituto el día anterior, y Eduardo no quería ser un sospechoso.

Yo fui la última persona en ver a Eduardo, el matón. Me golpeó con mucha fuerza, y después de eso... no logro recordar nada.

¿Y si fui yo? ¿Y si ha sido por mi culpa?

Habían pasado un par de horas, la policía estaba llamando por el megáfono a todos mis compañeros de clase, hasta que cuando fueron cerca de las doce, tocó mi turno.

—¿Conocías a Eduardo López? —preguntaba el oficial mientras que bebía de su taza de café color negro de forma despreocupada.

—Sí, estudia aquí, en el instituto, lo veo casi todos los días. —dijo Eduardo un poco nervioso.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —preguntó el oficial.

—Ayer, lo vi ayer, unas horas antes de que terminaran las clases. —le dije con honestidad.

—¿Dónde lo viste?

—Me parece que fue en el baño.

—¿Te parece?

—Sí, la verdad es que trato de evitarlo a toda costa.

—¿Evitas a todos tus compañeros? —el oficial empezaba a sospechar.

—No, no evitó a todos mis compañeros, es solamente que Eduardo es conocido por todo el instituto como un “matón”.

—Es curioso, ninguno de tus compañeros me dijo nada malo de él, si no que todo lo contrario, ¿no será que tienes algo personal contra el? —preguntaba el oficial en un tono amenazador.

—No tengo nada en contra de Eduardo, simplemente digo lo que a mí me parece.

—Comprendo, por lo que he oído, no te ha ido muy bien en éste último año, ¿no es así, Eduardo?

—Es verdad que he tenido algunas dificultades para adaptarme, pero no creo que sea nada preocupante.

—Eduardo fue encontrado esta mañana muerto, fue enterrado en la entrada

al instituto. Tuvo que haber sido una persona alta y fuerte, tú parece tener mucha fuerza. —me inculpaba el oficial.

—Hay muchas otras personas que también tienen mucha fuerza. Yo no he hecho nada.

—Bien, puedes irte por ahora, pero te llamaremos en la semana, tenemos que revisar tu expediente. —el oficial me abrió la puerta para que me retirara.

¿Mi expediente? Si revisan mi expediente y comienzan a hacerme preguntas, puede que descubran la verdadera causa del incendio. Tengo que encontrar el modo de evitarlo de alguna forma.

—¿Soy sospechoso?

—Bueno, según parece, por ahora eres una de las últimas personas que vieron con vida a la víctima, yo diría que hay una alta probabilidad de que fueses tú, pero no puedo inculparte, por lo menos, no hasta que haya pruebas suficientes.

—No logro entender, le he contado toda la verdad, solo nos cruzamos en el baño y discutimos, ya está. —Eduardo temblaba y comenzaba a ponerse muy nervioso.

—Ahora sí que parece el culpable. Dices que lo viste en el baño, ¿te dijo algo?

—Quería coger mi móvil. —temblaba Eduardo.

—Y por eso lo mataste.

—Escucha, yo no lo maté, ¿vale? No he sido yo. —decía Eduardo convencido.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque sé que yo nunca haría algo así.

—Pero si dices que tratabas de evitarlo a toda costa, chico. Ese compañero no te caía muy bien, ¿verdad?

—No éramos amigos, pero no mataría a nadie por esa razón.

—¿Y por qué razón lo harías? —sonrió el oficial.

Eduardo se quedó en silencio durante algunos segundos, había comprendido que lo mejor sería quedarse callado y dejar de hablar, aunque a decir verdad... puede que aquello ya no fuese una opción viable.

Eduardo respiró hondo y prosiguió tratando de estar más tranquilo, relajado y seguro de sí mismo.

—Yo no mataría a nadie por ninguna razón.

—De acuerdo, continúa, entonces os peleasteis.

—Algo así, él me pidió el móvil y yo no se lo quería dar, entonces él simplemente me dio un puñetazo y caí al suelo inconsciente.

—¿Perdiste la conciencia?

—Sí, me desmayé.
—Había alguien más ahí, algún testigo, ¿compañero de clase?
—No había nadie, el baño estaba vacío.
—Entonces pudo haber pasado cualquier cosa. —dijo el oficial dudoso.
—Pues sí, pero no recuerdo nada más.
—¿Nadie te ayudó?
—No tengo muchos amigos en el instituto.
—¿Cuándo despertaste? —el oficial ya sospechaba demasiado de mí como para mentirle aún más, así que decidí optar por la verdad.
—No recuerdo nada más, tenía el reloj en la muñeca, desperté dos minutos más tarde y grité su nombre... pero, nada, el ya no estaba ahí.
—¿Sueles tener problemas con tus compañeros?
—No soy una persona conflictiva.
—¿Entonces dejas que te golpeen? ¿Así como así dejas que se salgan con la suya?
—No puedo hacer nada más.
—¿Con quién vives?
—Vivo solo. —me preocupé, estos policías suelen estar basados en sus únicos propios intereses. Nada más parece sacarlos de su pequeño y apretujado mundillo.
—¿Solo? ¿Qué edad tienes? —preguntó sonriendo, como sabiendo que tendría alguna excusa para chantajearme en un futuro.
—Diecisiete.
—¿Entonces ya te has emancipado?
—Sí, y lo hice hace tiempo, ¿de acuerdo?
—¿Por qué te pones a la defensiva? ¿Ocultas algo?
La temperatura comenzaba a subir, a Eduardo no le gustaba que lo retasen, pero ya tenía demasiados problemas con la policía como para volver a complicar las cosas. Eso no tenía que pasar.
—No oculto nada, simplemente son demasiadas preguntas en un solo día.
—Sí... ya no estás tan acostumbrado a eso, ¿verdad?
—No, y espero no tener que volver a acostumbrarme.
El oficial se rió durante varios segundos con notable agresividad.
—¿Qué pasa? —pregunté.
—Mandaré a alguien a que revise tu domicilio.
—¿Por qué?—parecía que el oficial solamente se empeñaba en hacerme sentir mal. Era un terrible y agobiante dolor de cabeza aquel hombre.
—Bueno... tenemos que asegurarnos de estés bien, ¿no?
—Supongo. —dije molesto.

—Y si no cumples con los requisitos, tendremos que buscarte a una familia de acogida.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Llevo años viviendo solo, y yo diría que estoy genial, además, solo me quedan unos meses para cumplir dieciocho. —dije nervioso.

El oficial rió, quería verme sufrir.

—Bueno, ya veremos si de verdad estás “genial”, pero si no lo estás... te pondremos a unos cuidadores.

Me recosté sobre la silla. ¿Y qué iba a poder hacer ahora? El policía ya lo había decidido todo y no había marcha atrás.

—Sabes, tras revisar los informes de tu familia.

—¿Habéis encontrado algo? —me emocioné.

—Sí, algo muy interesante de hecho. Tus versiones de los hechos, y digo “versiones” por una razón. No concuerdan, la última vez incluso dijiste que en ese momento estabas desmayado.

—Escuche señor, aquello sucedió hace tanto tiempo que apenas y lo puedo recordar.

—¿Te ocurre a menudo? ¿De pronto perder la noción del tiempo y del espacio y olvidar lo ocurrido en un transcurso del tiempo?

—No, fue la primera vez.

—Puedes irte.

Me fui del despacho del director, lugar en dónde se estaban llevando a cabo las entrevistas de todo el instituto. Estaba preocupado, pero decidí que lo mejor sería hablar con mi psiquiatra, tal vez ella me ayudase a poder recordar de algún modo.

Siempre nos fijamos en el Bullying que hay en los institutos, pero difícilmente nos damos cuenta de como personas en posiciones de autoridad en grupos de amigos, grupos laborales o incluso en una pareja, se aprovechan de las situaciones para hacer sentir mal a otra persona cuando, en algunos casos, las consecuencias son catastróficas.

Es muy positivo pensar en las consecuencias de nuestros actos, tanto para nosotros mismos, como para los que nos rodean. Puede llegar a ser muy desadaptativo dejarse llevar por los impulsos del momento.

CAPÍTULO VI;

ENREVESADO

Sentía que me había metido en un gran lío. Uno que tardaría siglos en llevar a la normalidad. No recordaba haberle hecho nada a ese matón... pero me sentía infinitamente culpable, al igual que con el incendio de la casa de mis padres... no era capaz de perdonarme a mi mismo.

Llegué a la recepción de la psiquiatra Marina y esperé a que pudiese recibirme.

—¿Mal día? —preguntó Elvira, la recepcionista.

—El peor. ¿Qué hay de ti?

—No sé ni qué decirte. Ayer traté de suicidarme, pero, ¿sabes qué? Ni si quiera eso pude hacerlo bien.

—¿Cómo lo intentaste?

—Quería hacerlo como en las pelis. Rajarme las venas en la bañera. Quería destrozarme el brazo entero pero... no fui capaz.

—Es muy complicado decidirte a hacer algo así y lo más probable es que al final no tengas las fuerzas suficientes para hacerlo o que termines arrepintiéndote.

—¿Tienes alguna otra idea? —me preguntó Elvira.

—Tírate por la ventana, es más efectivo.

En ese mismo momento me llamó la psiquiatra a su despacho.

—No esperaba verte hasta la siguiente semana.

—Lo sé, y lo siento.

—¿Qué pasa?

—Es una emergencia.

—Siéntate Eduardo, y cálmate. Bebe un poco de agua.

Eduardo comenzó a beber agua para calmarse y así hacer que su pulso y sus respiraciones fuesen ligeramente más lentas.

—Ha muerto alguien en mi instituto... y, la policía... me ve como un

sospechoso, yo... —decía Eduardo con la boca empapada de agua, así como también su ropa. Estaba temblando y angustiado. Marina apenas y era capaz de entender lo que decía.

—¿Has intentado probar la hipnosis? —me preguntó Marina con voz agradable.

Había algo en esa pregunta que me hacía pensar que ella tenía muchas ganas de probar aquella técnica conmigo. A decir verdad no me entusiasmaba demasiado, me hacía sentir nervioso y pensativo.

Nunca llegué a comprender los temas metafísicos, y a pesar de que la hipnosis no se consideraba uno de ellos, trataba de apartarme y mantenerme al margen de todo ello para evitar conflictos y confusiones.

—No lo he probado. —le respondí.

—Te lo recomendaría, eso te ayudaría mucho a comprenderte mejor a ti mismo y ver la realidad de lo que te ha ocurrido.

—No sé, Marina... ¿crees que es buena idea?

—La hipnosis funciona de diferente forma en cada persona, nunca sabes lo que puede sentir, ver o la forma en la que lo perjudicará o beneficiará hasta después de haber despertado del trance.

—Es decir que es un todo o nada, ¿no?

—Digamos que es algo así, ¿lo probamos? —preguntó Marina.

—De acuerdo.

Me sentía inseguro, indeciso. Seguía muy nervioso por lo que había ocurrido en el instituto, yo jamás haría algo así, simplemente no estaba en mi naturaleza o por lo menos no quería que lo estuviese.

Tenía miedo de indagar dentro de mi mente, entrar en el subconsciente. Estaba seguro de que entrando en mi mundo encontraría las respuestas a montones de preguntas, y Marina me ayudaría a interpretar todo lo que viese, pero, ¿valía la pena? ¿Y si veía algo que no me gustaba? ¿Cuánto tiempo tardaría en superarlo? ¿O puede que nunca lo hiciera?

El sudor seguía cayendo sobre mi frente, pero esta vez también me caía a los ojos y me cegaba ligeramente. Era complicado ver si montones de gotas caían dentro de mis ojos.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Marina.

—¿Y si es mejor que la verdad no se sepa?

—La verdad está ahí por una razón, ¿no? Y nunca va a cambiar.

Al pasar unos minutos, Eduardo finalmente se sintió más seguro y accedió a aquél procedimiento.

Me sentía un tanto solo y confuso después de todas las terapias y entrevistas con la policía. Parecía que la búsqueda de Mango había sido completamente en

vano, y dudé de si algún día en realidad iba a encontrarla. No veía el fin de esta situación, todo parecía un callejón sin salida y mi mente se llenaba de angustia.

El diario de Mango... ya había terminado de leerlo, y solamente parecían escritos de cualquier adolescente dramática, no parecían importantes ni relevantes.

Marina me había recomendado continuar con mi vida, seguir mi rutina diaria sin distracciones, e intentar pensar en cosas positivas de forma centrada y no obsesiva, así que traté de hacer una nueva amiga.

Llamé a Elvira por teléfono, la secretaria de Marina, la verdad es que no parecía muy buena idea, pero de eso me dí cuenta después...

Creí que sería una gran idea por todo lo que hemos pasado, porque ambos hemos tenido algunos problemas mentales, además de ser adictos al alcohol y a algunas drogas.

Aunque a decir verdad, Elvira ya estaba en plena fase de recuperación, por lo tanto lo llevaba todo de forma mucho más responsable que yo.

Quedé con ella en una cafetería con la excusa de que me ayudase a hacer un trabajo. No le dije nada a Marina, no quería alterarla.

—Es raro verte fuera del consultorio. —decía Elvira.

Se había pedido un café con hielo y nata, una elección interesante. No parecía estar muy

nerviosa, pero notaba que ella sabía que no la había invitado solamente para charlar un poco, digamos que la discreción no era lo mío.

Elvira se había vestido y arreglado de forma muy elegante. Llevaba puesto un vestido color azul claro y el pelo recogido hacia atrás con un par de mechones rizados hacia el frente.

—Lo sé, lo mismo digo. —reí con nervios.

—Bueno... a ver ese trabajo, ¿de qué va?

Se me había olvidado el trabajo por completo, ¡qué idiota!

—Oh, sí, el trabajo...

—¿Se te ha olvidado no?

—Debo ser honesto contigo Elvira, no te traje sólo para el trabajo. —dije con una expresión seria y un poco preocupada.

—La verdad es que quisiera comenzar inmediatamente con el proyecto.

No se me ocurría nada más que decir. Sabía que estaba mal mentir, ya que las mentiras no se me dan muy bien, pero había mejorado en las últimas semanas, no había parado de mentir, me salían incluso cuando estaba dormido.

—Oh, de... acuerdo, creía que me habías invitado aquí por otra razón, pero, adelante, cuéntame, ¿de qué es el proyecto?

—¿Por qué creías que te había invitado?

—Pensé que esto era una cita.

Reí de forma automática. No podía parar.

Elvira me miró extrañada, ofendida.

—Lo sé, soy una tonta por pensar eso, ¿no? —dijo Elvira.

—No, lo que pasa es que, no somos para nada compatibles. —las mentiras simplemente fluían de mi boca. Me comportaba como un patán cuando estaba nervioso.

—Sí, lo sé. —dijo Elvira angustiada.

Vamos, vamos Eduardo, céntrate. No puedes ser borde con las personas que te tratan bien sólo por tu propia satisfacción, venga, discúlpate.

—Pero, antes de comenzar con el proyecto y esas cosas del instituto, es muy necesario que te ofrezca una disculpa, fui un patán en toda su definición, no debería haberte recomendado el suicidio, y mucho menos darte ideas. Me alegro de que no lo hayas hecho.

—No, no lo iba a hacer. He trabajado mucho en mi misma y en mi recuperación y... puede ser que tenga muchos altibajos ya que no consigo estabilizarme, pero, ¿sabes? Es algo completamente normal. Tengo que aprender a vivir conmigo misma y no hay un mejor modo de hacerlo que... perdonándome.

—Sabias palabras, Elvira.

Me sorprendió su autocontrol. Cuando la conocí, creí que era una chica cualquiera, pero ahora me doy cuenta de lo muy equivocado que estaba.

—Es que a veces, pierdo los estribos con facilidad y se me hace bastante difícil manejar mis emociones, sobre todo, en situaciones estresantes. Realmente estaría de acuerdo si decides odiarme un poco, estoy seguro que lo merezco. —dije mientras le enseñaba mi sonrisa de un modo amable.

—Supongo que eso le pasa a todo el mundo.

—En cualquiera de los casos, me parece que la mejor forma de llevar todo este trabajo y de obtener los mejores resultados es llevarnos lo mejor posible; comenzar desde cero, quien sabe, tal vez terminemos por llevarnos bien.

—¿En qué consiste ese trabajo?

Yo no sabía que responderle, evidentemente, sólo intentaba mantener una cara totalmente plana mientras mi mente creaba explicaciones y teorías de lo que podría ser este hipotético trabajo de instituto.

Tenía que ser algo interesante, pero no demasiado, algo complicado, pero seguro... algo que tal vez me sirva para alcanzar alguna clase de objetivo personal y que a la vez me distrajesen de mis propios problemas.

—Es acerca de personas desaparecidas.

—¿De verdad?

—Sí. —le dije seguro de mi mismo.

La seguridad hizo que ella no dudase de mi y me creyese sin ninguna información que respaldase lo que había dicho.

Cuando dejé de hablar, debí esperar unos instantes antes de responderle pues no quería estropear el momento con alguna respuesta absurda. El día comenzaba a mejorar y no iba a ser yo quien pusiese a prueba esto, sólo quería dejar que todo siguiese su curso natural.

—De acuerdo, es algo extraño, pero confío en ti.

—Sí, la idea también me pareció extraña, pero la ciudad en la que vivimos, en fin. Desaparecen personas todos los días y la mayoría nunca son encontradas, pero si podemos ayudar a alguien, salvarlo, eso... sería de gran ayuda.

—Eso es cierto Eduardo, yo me apunto. —dijo Elvira. Y estoy totalmente de acuerdo contigo, la mejor forma de hacer esto sería si nos lleváramos bien o, por lo menos tener una relación profesional, no sentimental. Darnos la oportunidad de comenzar desde cero.

—¡Perfecto entonces! Espero que hayas disfrutado de ese café, creo que no tendremos problemas para comunicarnos porque tenemos habilidad para eso ¿eh? Ahora, debemos enfocarnos finalmente en este nuevo proyecto, sé que es igual de importante para ti como para mí. Te seré sincero, tenemos que lucirnos Elvira. —La miraba con mucha vitalidad, como si en otro lenguaje más cotidiano intentara decirle "no podemos arruinarlo"

Coloqué sobre la mesa toda la información que tenía de Mango; fotos, direcciones, su diario, incluso algunos documentos suyos que había robado del instituto.

—Bueno, en ese caso ya somos dos. —Sonrió y de inmediato comenzó nuevamente a ojear el documento sobre la mesa.

Luego de unos minutos de ojear y leer con detenida atención los documentos... estaba delirante.

—Eduardo, ¿es esto legal?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—No lo sé, tienes demasiada información acerca de esta chica, mucho más de lo que un instituto o el internet podrían proporcionarte, ¿no crees?

Dudé durante unos instantes, creí que tal vez me había descubierto, y que mi gran plan estaba acabado. Pero decidí no venirme abajo.

—No es del instituto, es de la deep web. Puede que haya ido un poco lejos, pero quiero ayudar a todas las personas que pueda. Esto va más allá del instituto.

—Ya veo... espero que no nos metamos en problemas. —decía Elvira mientras tragaba su café.

—No, te lo prometo.

Al mismo tiempo que tenía su permiso para llevar a cabo y seguir con la investigación, comenzamos a armar el gigantesco rompecabezas oculto. A veces sentía que me estaba utilizando para comprobar algo. Aunque en realidad yo era el que la utilizaba. Sabía que ella sentía algo por mí, pero a la vez comprendía la razón.

—De acuerdo, te ayudaré, la buscaré e investigaré pero no prometo nada, no quiero que te hagas falsas ilusiones. Puede que encontrarla sea un caso perdido. Y tienes que estar preparado para ello.

—Lo sé, lo estoy, y... muchas gracias Elvira.

CAPÍTULO VII;

FRUTO DEL ENGAÑO

Ella se me acercó con una gran sonrisa, seguía sin poder creer lo que veía; su cabello caía con delicadeza, y sus labios rojizos se acercaban a mí.

Su piel era suave, y tenía un dulce aroma a margaritas. Me miró y penetró muy dentro de mí. Me pregunté si sería real, si algo así tendría sentido en mi naturaleza... pero no lo tenía.

Desperté de aquel sueño con un sudor frío cayendo por mis brazos y frente. Tenía calor pero no era capaz de dormir. La veía a ella desde el otro lado de la vigila, observándome mientras dormía, pero no eran más que simples ilusiones.

No lograba aceptar la desaparición de Mango porque mi curiosidad no lo permitía. Mi cerebro trataba de llenar todos esos huecos con explicaciones pretenciosas y teorías basadas en el pasado, en lo que había entre nosotros.

Pero yo no quería nada de eso. Yo no quería falsedad y mentiras. No quería prejuicios ni olvidos. Quería buscarla, necesitaba encontrarla. Pero eso no era posible.

Supongo que Elvira era como un reemplazo, algo que me haría sentir bien a corto plazo, pero no era una solución, simplemente era un entretenimiento, alguien que me hacía olvidarme de todas mis desdichas.

Llegué al puesto de trabajo de Elvira y me acerqué a ella lentamente. Le di un gran beso en los labios, como el que había visto en mi sueño ese día. La besé profundamente hasta poder sentir su lengua uniéndose con la mía.

Cuando el beso terminó, lo único que vi fue a ella marcharse por la puerta principal, no podía comprender todavía lo que acababa de suceder. Besé a Elvira, ¿cómo?, ¿cómo pudo haber pasado algo así?

No me importaba, me sentía inmensamente bien, y aunque no conociese demasiado bien a Elvira, me daba muy buena impresión.

Por unos segundos me quedé inmóvil, paralizado mientras me observaba la

psiquiatra, extrañada.

Sonreí, me reía en mi interior. Cerré la puerta de su oficina y salí a fumarme un cigarrillo a la terraza. Estaba lloviendo ligeramente, era un día perfecto. Las personas caminaban con paraguas negros y corrían para protegerse de la lluvia. Elvira salió del edificio.

¿Y si había hecho todo esto por reemplazar a Mango? ¿Y si en realidad no sentía nada por Elvira?

Veía a Elvira caminar por la calle mojarse. No me gustaba que estuviese sola, aunque realmente no tenía de que preocuparme.

—Elvira... —dije entre suspiros mientras me apoyaba en las rejas del balcón y expiraba el espeso humo de mi cigarro. —¿Cómo es que ahora me siento atraído por ti?

Elvira caminaba dirigiéndose al parque, sus cabellos se movían naturalmente al ritmo de su caminata, resaltaban entre la niebla.

Ser un loco no era tarea fácil, y mucho menos cuando te involucras demasiado con las personas a tu alrededor, y no me refiero de un modo físico, sino emocional.

Comienzas a asimilar sus conductas y pensamientos como si fuesen tuyos, y finalmente, sin ni si quiera darte cuenta, terminan en tu mente. Tomas una parte de su psique y te alimentas de ella como si siempre te hubiese pertenecido. Supongo que es lo que me sucedió con Mango...

Sé que Marina siempre trataba de decirme que era normal, que no era ningún loco, pero no podía parar de pensar que sí que lo era.

Eduardo miró con desgana la foto familiar que escondía en su cartera.

—¿Dónde me habré metido?

Eduardo fue a por un café para repasar durante unas horas todos los papeles e información que tenía de Mango, quería revisar si todo estaba correcto, ya que era un perfeccionista.

—Aquí tiene señor —dijo la camarera mientras acomodaba la pequeña taza de café sobre la mesa en la que se encontraba Eduardo.

La camarera entrecruzaba los dedos nerviosamente, ya le había entregado el café a Eduardo pero parecía necesitar algo más aunque temía preguntar, así que simplemente se quedó ahí, de pie, observándole.

Eduardo, quien no se había ni percatado de lo que estaba sucediendo comenzó a sentirse incómodo, mostrándolo así con un movimiento de talones y dedos de los pies sigilosos. Sus manos comenzaron a estar sudorosas así que simplemente decidió girar la cabeza y hacer algo al respecto.

—¿Ocurre algo, señorita? —preguntó respetuosamente Eduardo.

—Oh, siento molestarle, ni si quiera me di cuenta de que seguía aquí, de pie

—dijo la camarera en un extraño tono de voz, era muy evidente que algo le sucedía.

—Bueno, en caso de que necesite ayuda la oficina de mi psiquiatra se encuentra cruzando la calle, si se pasa por ahí, solamente pregunte por Marina. —dijo Eduardo mientras señalaba el gran edificio lujoso que ocupaba la calle prácticamente en su totalidad.

—Yo... ya sé quién es usted, lo ví hace mucho tiempo por aquí. Sobre el tema de la psiquiatra, hace tiempo tuve un amigo que terminó en un manicomio, sufrió cosas terribles... hasta que enloqueció. He escuchado muchas cosas sobre tí, tu historia me hizo recordar a mi amigo —dijo la chica un tanto nerviosa.

Eduardo se puso pálido, no sabía qué decir ni qué hacer, ni si quiera entendía como ella cosas de su pasado.

—Todo el mundo tiene un pasado, aunque no todos saben afrontarlo de la misma manera en el presente.

Me sentía extraño y tonto, no entendía lo que sucedía.

Unas horas más tarde, Eduardo decidió pasarse por una tienda de antigüedades para hacerle un regalo especial a Elvira. El creía que ella merecía alguna explicación y que besarla sin más no había estado del todo bien. En la entrada de la tienda de antigüedades se encontraba el eterno letrero "Último día de apertura, ¡liquidación!" Eduardo entró y comenzó a buscar algunos objetos en buen estado y económicos.

Los ojos de Eduardo se volvieron gigantescos cuando al ver un espejo antiguo que parecía del siglo pasado, ¡o antepasado! Lo cogió con fuerza y exhaló al percatarse de que pesaba demasiado. Lo llevó al mostrador con una sonrisa...

—¿Cuánto por este espejo desfasado? —dijo Eduardo en un intento de desprestigiar el producto para reducir el precio.

—Discúlpeme pero éste espejo es de 1910, es una reliquia, nunca quedará obsoleto —contestó la chica responsable de la tienda un poco molesta. —50 euros.

—Solamente tengo 20... —mintió Eduardo.

—No sé por qué pero no te creo.

—¿30? —preguntó Eduardo un tanto desesperado.

—De acuerdo, todo tuyo. —dijo la chica.

Eduardo volvió a cargar el espejo con gran pesadez pero con un rostro de satisfacción y felicidad.

—¡Espera! —dijo la chica como si acabase de recordar algo importante. — primero he de advertirle —su tono de voz comenzó a ser tenebroso.

—¿Qué ocurre? ¿Ya cambió de opinión? —preguntó Eduardo

extremadamente desganado y decepcionado, preparado ya para dejar el espejo.

—Ese espejo no es como los demás.

—Bueno... Eso es algo lógico, no todos los días encuentras algo que tiene cien años de antigüedad. —dijo Eduardo entre risas.

—Además, es para una chica que me gusta, quería hacerle un regalo

—Rondan muchos rumores, los cuales hemos tenido que pasar de vendedor en vendedor, es algo que hemos acordado entre todos.

—Esto ya comienza a asustarme, no sé si prefiero no saberlo —dijo Eduardo.

—Tienes que saberlo —la seriedad con la que hablaba la chica se había convertido en incómoda. —éste espejo pertenecía originalmente a un científico, y hace exactamente cien años quiso hacer una especie de prueba, experimento que cambiaría su estructura por completo. ¿Has escuchado alguna vez que los espejos son portales a otros mundos? —explicó la dependienta.

—La verdad es que no me apasiona mucho el mundillo esotérico —confesó Eduardo, intentando acortar la charla.

—Pues lo son, dicen que en el otro lado del espejo, yace tu alter ego. Viviendo una vida alternativa a las sombras, detrás del espejo hay otro mundo. —advirtió peligrosamente la chica.

—Bueno, no creo que tenga nada que ocultarme a mí mismo, incluso sabiendo que no va a pasar nada, tampoco me daría miedo, además, alomejor hasta sale una conversación interesante. —dijo Eduardo sonriendo.

Eduardo se retiró de aquel lugar sin perder ni un segundo.

—La gente de esta ciudad es demasiado supersticiosa —pensó para sí mismo.

Aunque supiese que no iba a pasar nada, tenía curiosidad por llegar a casa y mirarlo. Un espejo es el reflejo de tu presente, a veces nos vemos atractivos, otras veces nos damos asco. Siempre intentamos que el mundo nos vea bien, dándole demasiada importancia al físico, por eso, teniendo en cuenta esto, cuando veo a alguien que no tiene en cuenta ni su propia higiene, pienso que algo malo le habrá pasado en su vida.

CAPÍTULO VIII;

ES MI VIDA

Unas semanas más tarde, Eduardo estudiaba hasta tarde en su casa. En este momento él ya había colocado el espejo en su habitación, simplemente para saber si era verdad lo que la vendedora le había asegurado.

Entre el cansancio y un par de botellas de ron, Eduardo miró el espejo y se dio cuenta de la gran sombra que habitaba dentro de este.

—¿Qué es esto? ¿Alguna clase de broma? —se preguntó a sí mismo.

Se sentía confuso y desorientado, pero incluso él sabía que aquello no era del todo común.

—No es ninguna broma. —respondió la voz del espejo.

Eduardo saltó con sorpresa. Ahora se sentía terriblemente asustado.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te acuerdas de mí? —preguntó la voz.

Parecía angustiada, triste y decepcionada, pero no había nada que Eduardo pudiese hacer para ayudarla, ni si quiera sabía si aquello era su imaginación o la cruel realidad jugándole una mala pasada.

—¿Quién eres? —preguntó Eduardo asustado, apartándose del espejo.

—Soy Margot. —respondió entre risas.

Casi no pude reconocer esa vocecita tímida y dulce. ¿Por qué no? Era mi...
hermana.

¿Qué?

Rápidamente cambio silueta que había en el espejo y se oscureció aún más

—Y a mi ¿Me recuerdas? —dijo la voz del espejo

—¿Eduardo?

—Si Eduardo, tu me matastes.

—Yo no hice eso ¡nunca mataría a nadie! - Dijo Eduardo enfurecido.

—¿Sabes lo que es una falsa memoria? mientras estamos vivos, el entorno social se encarga de hacerte creer lo que quiera, basta con que todos los días

alguien te diga que eres tonto, para que tu te lo creas, es más sencillo de hacer de lo que parece. No me mires así, solo soy un reflejo— dijo la voz del espejo

De pronto me eché a llorar desconsoladamente. No era capaz de acercarme y afrontar la realidad, no ahora.

Tiré el espejo y lo rompí en mil pedazos. Salí a la calle y me quedé en un motel frente al instituto. Pensé que sería la única forma de concentrarme.

Mi teléfono comenzó a sonar.

—¿Hola? —respondí con voz quebrada.

—Eduardo, ¿Estás bien? —me preguntaba una voz familiar.

Tras unos segundos de silencio la voz decidió salvar el momento.

—Soy Elvira, tengo muchas cosas que comentarte. —me dijo un tanto preocupada.

Me sentí aliviado al saber que ella era real, y no un espejismo causado por mi terrible pasado.

—Elvira, ¿puedes venir? —le pregunté.

—¿Quieres que vaya a tu casa?

—No, estoy en un motel, el que está frente al instituto Sagrada Familia. —le explicaba a Elvira.

—¿Estás bien?

—Solo, ven, por favor. Pediremos algo de comida y hablaremos como dos amigos, ¿de acuerdo?

—Su...supongo que sí.

Eduardo solamente necesitaba a alguien que se preocupase por él para sentirse querido por alguien. El sentía que Elvira podía ser la indicada para todo aquello.

La chica abrió la habitación del motel y vio a Eduardo sentado en el suelo.

—He traído algo de comida. —dijo sonriendo.

—Gracias. —respondí mientras la abrazaba.

Pasaban los minutos, la ansiedad y el nerviosismo me atacaban, como si fuesen un ardiente fuego quemándose en mi interior, doloroso e incoloro.

—Bueno... y, ¿puedes contarme qué es lo que ha pasado?

—Pensarás que estoy loco. —le dije con honestidad.

—Eso ya lo pienso. —rió con descaro.

Eduardo se quedó pensativo pero pronto comprendió que las intenciones de Elvira eran completamente positivas.

—He oído una voz... venía de un espejo que compré esta tarde.

—¿Y para qué necesitas un espejo nuevo? —me preguntó.

—Esa no es la cuestión.

—Es verdad, me estoy desviando del tema. —me dijo avergonzada.

—Solamente quiero saber por qué vi aquello.

—Bueno, dime, ¿qué fue lo que viste?

—Estaba estudiando en mi habitación, y de repente oí unas voces salir del espejo. Era antigua, no sé cómo explicarlo, supongo que era una de esas voces que te resultaba familiar. —explicaba Eduardo.

—Entonces, conocías a la voz del espejo, ¿no?

—Supongo que sí que la conocía.

—¿Y quién era?

—Una era de mi hermana menor, Margot y la otra la verdad es que ahora mismo dudo de quien puede llegar a ser. —le revelé.

Realmente no sabía si la segunda voz del espejo era el matón de Eduardo, o yo mismo.

Elvira no sabía de lo que estaba hablando, seguramente pensó durante un momento que se trataba de alguna especie de broma.

—Nunca me dijiste que tenías una hermana.

—No te he contado muchas cosas... mi familia era muy grande.

—¿Era?

—Sí, lo que sucede es que murieron... todos.

A Elvira comenzaron a llorarle los ojos, no parecía preparada para soportar toda aquella información.

—¿Qué?

—Lo sé, siento no habértelo contado, no es algo que vaya diciendo muy a menudo, sabes...

—Está bien, lo entiendo, querías esperar hasta estar completamente preparado, ¿no es así?

—Algo así. —asintió Eduardo. —Aunque yo no tenía pensado contárselo a nadie.

—¿No lo sabe nadie? ¿No tienes con quien hablar?

—S-se, se lo había contado a Mango, pero...

—¿Ella desapareció?

—Sí... —suspiré deprimido.

—Lo siento, Eduardo. Yo estoy aquí para ti.

—Gracias.

—¿Un poco de Coca-Cola?

—Sí, supongo. ¿Entonces qué es lo que opinas de esto? —le pregunté a Elvira inspirado.

—¿Qué es lo que opino...?

—¿Qué crees que signifique lo que he visto? —le volví a preguntar con pasión.

—Puede que simplemente haya sido tu imaginación.

—No, yo sé lo que vi.

—¿Habías bebido? —preguntó Elvira escéptica.

—Un poco de cerveza, pero eso es todo.

—Cualquier tipo de alcohol puede causarte una alucinación. Mezclar medicamentos con alcohol... en fin, es uno de los síntomas secundarios.

—¿Cómo sabes qué medicamentos tomo?

—¿Has olvidado que soy la secretaria de tu psiquiatra?

—A veces lo olvido, lo siento, es que en ocasiones parece que somos amigos.

—Porque lo somos. —sonrió Elvira.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—¿Y no irás a contarle a Marina todo lo que te he contado?

—Sabes que tengo que informarla de tu estado de vez en cuando... eso no deja de ser mi obligación.

—¿Pero...? —completaba Eduardo.

—Pero no lo haré. —le aseguró Elvira con una sonrisa.

Se hizo un silencio incómodo. Fue entonces cuando Elvira le dio el beneficio de la duda a Eduardo y comenzó a pensar... pensar y más pensar.

—¿Sabes? Una vez leí que todo aquello que soñamos o alucinamos quiere decirnos algo, algo que está viviendo muy dentro de nuestro interior, aquella visión. Puede ser una gran pista. —decía Elvira tratando de crear una hipótesis.

—¿Y qué podría significar? —preguntó Eduardo a la vez que se acomodaba sobre la cama y se comía una bolsa de patatas fritas.

Elvira apagó el televisor para que así se sintieran más centrados en la conversación, y no tan distraídos con estímulos externos.

—¿Qué sientes cuando piensas en tu hermana Margot?

Eduardo miró al techo y cerró los ojos, trataba de recordar lo hermosa que era su hermana. Su voz, su sonrisa, sus delicados ojos...

—Me siento... culpable, abatido, estancado. Siento que fue todo culpa mía. No puedo perdonarme por aquello. —le confesaba con lágrimas en los ojos a Elvira.

Eduardo trataba de secarse los ojos, pero las gotas seguían cayendo con dolor y angustia.

—¿Cómo murió? —preguntó Elvira.

—No, no lo sé. —Eduardo se negó a hablar y comenzó a llorar.

—Sí que lo sabes, ¿cómo? —Insistía Elvira con fuerza.

—Ella... desapareció cuando tenía cinco años. No sé dónde está. La policía estuvo buscándola durante años y años por todo el país pero... nada, nunca encontraron ni una pista.

—¿No tienes curiosidad?

—¿Por saber si está viva o muerta? La perdí hace tiempo. La policía y mi psiquiatra, Marina siempre me han dicho que... ya esta, que no le diera más vueltas, que era imposible... encontrarla viva. —Eduardo se tomó unos momentos para estar solo y se fue al baño.

Mientras tanto Elvira se quedó mirando unos papeles que tenía en su mochila. Aquella había sido la razón por la que había llamado a Eduardo, pero, ¿era un buen momento para hablarle de Mango?

Elvira se levantó de la alfombra y se acercó al baño. Vió como Eduardo hablaba consigo mismo en el espejo.

—¿Eduardo?

—¿Qué, qué pasa Elvira?

—He visto que hablabas con alguien. —Elvira acomodó sus brazos sobre la puerta y trataba de tocar la cabeza de Eduardo con la punta de los dedos, pero él la detuvo.

—Por favor, no me toques. —respondió Eduardo en un tono hostil.

—Lo siento, no era mi intención asustarte.

—Está bien, no pasa nada.

—¿Querías decirme algo? —preguntó Eduardo.

—¿Con quién hablabas?

—Sólo conmigo mismo, no soy un esquizofrénico, es que me calma cuando

estoy muy nervioso y cuando tengo ansiedad.

—Lo entiendo.

—Bueno, supongo que es tarde. —Eduardo se acercó hacia Elvira.

—Sí, tengo que irme. —dijo Elvira mientras daba un par de pasos hacia atrás.

—¿Me tienes miedo? —preguntó Eduardo. Parecía que trataba de aterrorizar a Elvira.

—¡No!

—¿Segura? —preguntó mientras se acercaba lentamente a Elvira.

Elvira iba apartándose, no quería estar tan cerca de Eduardo.

—No te tengo miedo, ¿por qué iba a tenerlo? —preguntó Elvira entre risas.

—Esperaba que tú pudieses resolver el misterio. ¿Por qué tener miedo de alguien inestable que tiene alucinaciones, un pasado dudoso y que ahora se encuentra en la misma habitación que tú? —se reía Eduardo con suavidad.

—¿Sabes qué?

—¿Qué pasa?

—Me voy.

Elvira se fue corriendo hacia la puerta. Le dio tiempo a coger su mochila y algunas de sus pertenencias pero dejó el archivo con toda la información acerca de Mango sobre la cama.

Eduardo cerró la puerta con asombro. No quería que Elvira se fuese, pero tampoco quería perjudicarla con todos sus problemas mentales. La apreciaba demasiado para aquello. Tal vez no hizo bien, pero sólo quería protegerla.

Eduardo observó el archivo que estaba sobre la cama y lo abrió.

CAPÍTULO VIII;

EN SIGILO

¿Alguna vez te has sentido completamente roto?

Creo que ahora soy realmente capaz de recordar lo que sucedió aquel día. Nunca olvidaré aquella mirada en su rostro de niña. Ella vió lo que jamás debería de haber visto.

Sufrió demasiado. Todos sufrimos demasiado, pero ella no pudo soportarlo más.

Era tan inocente, me observaba confusa mientras veía lo que jamás superaría. A pesar de que en ese momento no tuviese ni idea de lo que ocurría.

Al recordar el pasado... no tuve más fuerzas que acostarme en la cama y acomodarme en posición fetal llorando desconsoladamente sin ser capaz de detenerme a respirar.

Sentía como si estuviera rompiéndome una y otra y otra vez, no veía el final de aquello, y mucho menos un modo de superarlo.

Quería volver al pasado y decirle a aquella niña que todo iría bien. Que lo que veía era normal, que lograría superarlo, y que su hermano mayor estaría con ella a pesar de cualquier cosa. Pero no podía... me era imposible volver al pasado.

Ahora ya no tengo fuerzas para hablar, ni para moverme, ahora que conozco la verdad me siento como la persona más miserable del mundo.

Trataba de decirme a mí mismo que sería capaz de levantarme una vez más y avanzar con mi desdichada vida, pero aquello sería mentirme. Y mentirme ya no funcionaría.

Así que seguí tumbado ahí, en aquella antigua casa que olía a un día húmedo de verano. Quería hacer algo bueno por mi mismo, aferrarme a lo que tenía, en el fondo era optimista, pensaba que a peor no podía ir.

Pero mis sollozos seguían produciendo un doloroso eco todo ese día en la casa, ese domingo por la mañana.

—Hermano, tengo hambre. —me decía mi hermana pequeña Margot mientras que estábamos en la mesa del comedor.

Era el verano de 2005 y mis padres se habían ido al mercado. A mi me había tocado cuidar de Margot aquella semana.

Cuidar de ella no me suponía un gran esfuerzo, era que simplemente mi yo de 7 años no era capaz de asumir responsabilidades, pero por alguna razón trataba de demostrarle a todo el mundo que sí.

Nunca lloraba ni hacía visible mi sufrimiento, no se si es que no lo hacía porque no quería o porque no sabía, algunos lo llamaran “alexitimia”. Supongo que simplemente no estaba preparado para ello. Puede sonar ilógico, como si estuviese excusándome, pero es la verdad.

Mi familia siempre me había enseñado que quedarse callado y no decir nada ante una situación difícil era la mejor opción. Así que desde que tengo memoria he preferido no decir lo que opino, no hablar, y mucho menos expresar mis emociones.

Mi hermana tenía sólo cuatro años en aquel momento, pero creo que fue entonces cuando me di cuenta de que ella era mucho más madura e inteligente de lo que yo jamás sería.

Me dio cierta envidia al principio. Me sentí infeliz y desesperado, pero después me percaté de que ella no tendría que sufrir como yo, que yo podría darle el amor y apoyo que mis padres jamás nos habían dado al resto de nosotros.

Entonces comprendí; yo podía ser su padre.

Una energía fluyó a través de mí haciendo que todo mi cuerpo se sintiese extremadamente energético y feliz, más feliz que en toda mi vida.

—¿Qué te apetece comer? —le pregunté sonriendo mientras movía mis piernas debajo de la mesa. Era tan pequeño que ni si quiera tocaba el suelo.

—Quiero patatas. —dijo riendo.

—¿Por qué te ríes?— le pregunté con curiosidad, ya que a mí las patatas no me parecían muy graciosas.

—De ti. —dijo mientras volvía a echarse a reír con fuerza.

—¿De mí?

—Sí.

—¿Qué Tengo de gracioso? —me puse de pie y me coloqué frente a ella para verla mejor.

—Eres gracioso hermano.

La abracé con fuerza. Ella era todo lo que tenía, y estaba tan feliz como

ninguna otra persona. Adoraba verla así, después de todo, era mi hermana pequeña.

—¿Entonces quieres patatas? —le pregunté un tanto confundido.

O puede que en aquel entonces no estuviese confundido. Me cuesta trabajo recordar lo que ocurrió hace diez años.

Cada vez que pienso en ello o trato de recordarlo siento como si todo fuese un mal sueño, una terrible pesadilla.

Siento la cabeza pesada mientras que vuelvo a ese momento. Sigo sin poder conectar todas las piezas porque mi mente sigue jugándome malas pasadas.

Es como si quisiese olvidar todo lo que sucedió aquel día y no pudiese recordar con claridad todo lo que pasó.

Aunque ahora eso da igual. Solamente tengo la sensación de que todo ha terminado y de que quiero terminar, pero no puedo evitar pensar que si continúo con estos pensamientos... simplemente estaré fallando una y otra vez como ser humano en esta vida.

Todos a mi alrededor merecían algo mejor, a alguien mucho mejor que yo. A una persona que fuera capaz de amarlos en todo momento, y de estar ahí en cualquier situación afrontando incluso las cosas más difíciles.

Ahora me obligaba a levantarme de la cama todos los días, ya que era algo que realmente no quería hacer, que odiaba tener que hacer.

Ya hace mucho tiempo que no vivo agusto. Hay días en los cuales estoy tan deprimido que ni si quiera puedo recordar cuando fue la ultima vez que comí algo.

En ocasiones, pienso en todas las facturas que tendré que pagar y no se con qué dinero. Se me agota el tiempo, se me acaban los ahorros, toda mi esperanza desaparece... me siento envuelto en un eterno caos.

Tenía que comer arroz frito cada día ya que era lo más económico y más saludable que se me podía ocurrir.

Sentía como si todos los días fuesen una batalla; interminable y detestable. Me sentía cansado, fatigado y prácticamente muerto.

No importaba hacia qué lado mirase; siempre iba a haber otra lucha, otra batalla que tendría que resolver.

Siento que todo lo que vivo en el momento es el karma; un karma extremadamente negativo. Siento que mi pasado me persigue día a día. Cada bala se disparaba y chocaba contra mi corazón podrido, sentía dolor y angustia, no había nada que pudiese pararlo.

Era un luchador, y siempre lo había sido. No quería tener que conformarme con lo mismo, con lo que siempre había tenido. Quería más, quería otra vida.

Lo que hizo que mi vida fuese miserable fue el haber perdido a toda mi

familia, aquel incendio me destrozó. Fue en ese momento cuando dejé de creer en Dios

Parecía que ya no tenía sentido luchar por nadie, ni por mi mismo, ni por los demás, ni por ningún ente divino, ni si quiera por mis padres porque hace mucho que se habían ido, y hace años que no los sentía conmigo.

Puede que pudiese cambiar si eso fuese lo que realmente deseara en mi interior, y puede que incluso fuese capaz de lograrlo. Estaba tan ensimismado que no lograba ver más allá de mi propio aura. Los demás eran simples fantasmas volando a mi alrededor, y aunque tratasen de ayudarme, no había nada que pudiesen hacer.

Durante mis primeros años de vida sufrí de abusos y maltratos. Estos estaban presentes cada día de mi vida hasta que nació mi hermana Margot.

Muchos dirán que miento, y que no sería capaz de recordar lo que me hacían siendo tan pequeño. Pero, ¿por qué mentiría con algo tan vergonzoso, tan íntimo?

Ojalá no fuera capaz de recordar nada de lo que me hacían, pero lo recordaba, y además a la perfección.

Sigue siendo difícil, el vivir con todos estos recuerdos y pensamientos, el alimentarme del sufrimiento que había tenido hace años.

¿Quién querría vivir una vida llena de amargura, dolor, odio? Yo no.

Me sentía acabado, terminado, no sabía ni quién era. ¿Qué se supone que era lo que tenía que hacer? ¿Qué podía pensar?

Estaba perdido en el oscuro mundo de la soledad, desolado.

No tenía fé, y cuando la fé se pierde, ya no te queda nada por lo que querer vivir.

Aún así trataba de convencerme a mí mismo para seguir con vida, para continuar adelante con lo que ya tenía construido, sin importar nada más.

Escucho voces y sonidos extraños dentro de mi cabeza. Me decían frases sin sentido y expresaban sus sentimientos. Supongo que era su modo de decir que lo sentían y que me perdonaban por todo lo que había hecho.

Las nubes hacían que mis pensamientos se complicaran, que se dispersaran por el espacio y por el universo, y que se transformaran en fogatas sin emociones, simplemente con calor y luz en ellas.

Ahora lo único que podía escuchar era la voz de mi hermana Margot de cuatro años que me pedía patatas en la casa de campo hace diez años.

—No tenemos patatas. —le respondí decepcionado.

Cuando me volví hacia ella para encarar su rostro triste y decepcionado, me lleve una gran sorpresa al darme cuenta de que... ella no se había puesto triste por lo que dije.

Margot sonrió.

—¿Sigo siendo gracioso?

—No, es que yo creo que sé dónde podemos conseguirlas. —se rió.

—¿En serio? —le pregunté.

No entendía como a una niña de cuatro años se le podían ocurrir más ideas que a mí, era tres años mayor que ella después de todo.

A menudo, juzgamos a las personas por su edad, siempre creemos que por ser más jóvenes que nosotros ya tienen que saber menos y es cierto, una persona de más edad tiene más probabilidad de tener más experiencias y por lo tanto haber aprendido más pero, es simplemente eso, una probabilidad.

Cada persona es completamente diferente, con una forma de afrontar las realidad distinta al resto, se puede aprender de todo el mundo, ya sean cosas que puedes implementar en tu vida o cosas que no deberías hacer. El estancamiento viene cuando creemos que estamos un peldaño por encima de los demás.

CAPÍTULO IX;

2005

Seguí a esa pequeña voz temblorosa por el pasillo. Margot se puso sus zapatitos ella sola y la ayudé a ponerse el abrigo.

La miré directo a los ojos; su mirada era cálida. Parecía feliz e ilusionada. Quería hacerla aún más feliz, por lo que seguimos en busca de aquellas patatas.

Salimos de casa mientras que llovía ligeramente. Caminábamos hacia el sur, hacia otro pueblo, uno en el que nunca había estado.

—¿A dónde vamos Margot? —le pregunté.

Me estaba empezando a preocupar, pues si se tardaba mucho en llegar, puede que ni si quiera volviésemos el mismo día.

Era difícil confiar en ella, después de todo era solo una niña, al igual que yo. Y nuestros padres habían confiado en nosotros, en que no saldríamos de casa como nos ordenaron ellos.

Yo siempre había sido el más responsable de todos, por lo que no era complicado confiar en mí y dejar que yo hiciese las responsabilidades.

Creo que la mayoría de las veces a mis padres se les olvidaba que yo era solo un niño. O puede que en realidad no tuviesen otras opciones, puesto que necesitaban trabajar siete días a la semana, algunas veces en la granja, otras en casa, y por último en la ciudad.

—Es un secreto. —me dijo.

Seguimos caminando durante poco más de una hora, aquello no nos pareció mucho en ese momento. Estábamos demasiado ocupados mirando a nuestro alrededor; observando a los pájaros y bailando por las colinas. Pero en la vida real, el tiempo transcurría sin pausa.

Llegamos por fin a una pequeña cabaña a mitad del bosque. Parecía nueva y bien cuidada, el césped estaba verde y las ventanas limpias.

—Es ahí adentro, ahí hay patatas. —dijo Margot mientras que señalaba

aquel lugar con su pequeño dedo.

—¿Dices que está dentro de esa cabaña?

—Si hermano. —sonrió Margot.

—Pero, ¿y si hay alguien ahí? —le pregunté nervioso.

Yo estaba muy asustado, no quería robarle a nadie, y mucho menos a alguien que vivía apartado de cualquier pueblo, a mitad de un bosque.

—Sí. —dijo convencida.

—¿Si hay alguien? —le pregunté.

—Pues sí, la señora Ingrid. Es mi amiga.

—¿Ingrid?

—Es mi amiga.

—¿De dónde la conoces?

—A veces los padres vienen aquí, ella nos ayuda.

—¿De verdad?

—Sí, vamos, se va a hacer de noche. —me dijo Margot de forma dulce.

—Está bien.

Entramos en la cabaña y sobre la mesa principal había una canasta llena de comida, había montones de frutas, verduras, zumos y muchas, muchas patatas.

—¡Patatas! —gritó Margot y cogió la canasta.

Parecía que pesaba mucho. Margot no era capaz de levantarla, puede que incluso pesase más que ella.

—Deja la canasta en el suelo, yo te ayudo.

Margot me obedeció y cogió un par de patatas para en seguida meterlas en una bolsa.

—Patatas. —dijo mientras las guardaba con alegría.

—Sí Margot. —dije con una enorme sonrisa.

Me hacía increíblemente feliz ver lo alegre que estaba mi hermanita.

—¿Entonces la señora Ingrid ha dejado esta canasta para ti?

—Sí, eso todo para mí.

Margot se sentó, parecía bastante cansada, yo le abrí un zumo y se lo di para que tuviera algo con lo que hidratarse.

—Pero, ¿lo compartes conmigo, verdad? —le pregunté sediento.

—Sí, tu eres mi hermano, Eduardo. Yo comparto todo contigo. —me dijo con honestidad.

Volvimos a caminar, aunque lamentablemente estábamos muy cansados. Habían pasado horas y Margot se había quedado dormida.

No tenía ni idea de dónde estábamos, y yo no conocía a ninguna Ingrid, por lo que pensé que lo mejor sería volver.

Ahora llovía con más fuerza aún. Cogí una carreta de la cabaña y coloqué

algunas mantas para posteriormente poder acomodar a Margot. Era una especie de cama. No era del todo cómoda, pero era lo que había disponible.

Ya se había hecho de noche, me perdí un par de veces por el camino de vuelta pero por fin logramos volver.

Sentí un inmenso alivio cuando ví la casa de nuestros padres a lo lejos, bajando la colina.

Creía que en ese momento tendría una Buena regañada, que nos golpearían y castigarían por todo aquello, por desobedecer.

Llegamos a casa y encendí las velas. Nuestros padres y hermanos todavía no habían llegado, y eso que debía de ser ya medianoche.

En ocasiones nuestros padres se quedaban a dormir en el mercado. Hacían unas casas de campaña y cenaban ahí mismo. Eso ocurría algunas veces cada mes en caso de que las ventas fueran demasiado altas, y la clientela nunca terminara.

Así que no me preocupó. Aunque en ocasiones me hubiese gustado sentirme en paz y tranquilo sabiendo que había dos adultos protegiéndome y estando conmigo a pesar de cualquier cosa.

Esa noche yo fui el adulto, tenía que serlo. Cambié a Margot de ropa, pues la suya estaba empapada de agua, colgué la ropa y la acosté en la cama.

Al ver cómo tenía los ojos cerrados, como estaba tranquila... eso me calmaba.

Preparé una sopa para la mañana siguiente. Le puse un montón de verduras que habían crecido en el huerto, me entusiasmaba hacerlo. Cuando ya no pude soportarlo más, apagué las luces y el fuego y me fui a dormir.

Al día siguiente, por la tarde, llegaron nuestros padres. Parecían muy cansados. Yo había preparado la comida para toda la familia.

—¿Y bien? ¿Qué tal os fue? —preguntó mi madre mientras que se servía un gran vaso lleno de agua.

—La verdad es que bastante bien, fue muy divertido. —le respondí contento.

—Sí, me gustó. —dijo Margot.

—¿No fue aburrido? —preguntó mi madre.

—No, para nada, salimos del campo y fuimos a la ciudad, a casa de vuestra amiga Ingrid. —dije con alegría.

—¿Ingrid? ¿Quién es Ingrid, Margot? —preguntaba mi madre asustada.

—Es de las muñecas mamá, era un juego. —dijo Margot mientras que me miraba guiñando un ojo.

Me sorprendió mucho ver que Margot me había mentado, simplemente no podía creérmelo. Ella siempre había sido tan honesta y sincera.

Y de repente montones de preguntas sin respuesta comenzaron a rondar por mi cabeza.

¿Quién era Ingrid? ¿Cómo la conocía Margot?

—Oh.— dijo mi madre mientras que colocaba la mano sobre su pecho. Parecía aliviada. —Menos mal que... bueno, no habéis salido de casa. Por un momento creí que realmente habías ido al bosque. —No me asustes con esas bromas, Eduardo.

—Lo siento mamá, no lo haré más. —le prometí.

Y cumplí mi promesa, después de ese momento me centré en no contarle nada más a mi madre, ni bueno ni malo, no quería preocuparla. Tenía mucho miedo de que le ocurriese algo por mi culpa.

Por la noche fui a la habitación de Margot para hablar con ella.

—¿Margot?

Margot me miró a los ojos como si ya supiese lo que le iba a decir.

—¿Me vas a preguntar de Ingrid, verdad?

—Pues sí, sí... ¿cómo lo has sabido?

—Por cómo me mirabas. —me respondió mi hermana menor.

—¿De dónde conoces a Ingrid?

—No conozco a ninguna Ingrid. —me dijo.

—¿Y ayer? ¿A dónde fuimos? —le pregunté.

—A ningún sitio, cenamos sopa y jugamos con muñecas. Tu hiciste sopa.

—No, desayunamos y comimos sopa hoy, ayer fuimos a por patatas a casa de Ingrid, ¿no te acuerdas?

Margot me miró de forma extraña, como si no se creyese lo que le decía.

—No me acuerdo.

—Pero, ¿recuerdas que querías patatas, no? —le preguntaba tratando de averiguar el orden de las situaciones.

—Sí, tenía mucha hambre.

—Después salimos a la calle porque dijiste que querías enseñarme un sitio. —le decía para que lo recordara.

—No, me dijiste que no teníamos patatas y que harías sopa.

—Pero, ¿salimos fuera, no?

—No, tú saliste a por las verduras. Yo me quedé porque estaba lloviendo.

Eduardo se quedó pensativo.

—No lo entiendo. —dije decepcionado.

Las mentiras me afectaban mucho, y no sabía si lo que decía era verdad o no. Basta con que te mientan una vez para que te cueste volver a confiar de forma plena en alguien. Siempre deposito toda mi confianza en una persona por primera vez, incluso si no la conozco y esto puede jugar malas pasadas.

A veces ocultamos la verdad para no hacerle daño a personas que queremos, otras para ser aceptados, y otras porque simplemente somos un caso perdido. Todas son adaptativas y desadaptativas a la vez, sobretodo cuando las prolongamos, por tener que actuar en base a esas actitudes que no son ciertas.

Puede que a veces sea mejor decir la verdad aunque duela, que prolongarlo y hacer de ella una realidad alternativa, una en la que no vives en función de como piensas.

CAPÍTULO X;

AVANZAR

Recordé que puede que aquellas veces en donde despertada sin recordar nada, o recordando versiones completamente distintas de la realidad ya me hubiesen estado ocurriendo antes, mucho antes, ya desde que yo era tan sólo un niño.

Todo eso me hizo pensar que lo más probable era que estuviese viviendo en una mentira, en otra realidad.

Me incorporé y me senté, acomodándome sobre la cama. Estaba relajado, pero aún así me sentía nervioso, inquieto. El archivo que me había traído Elvira seguía sobre la cama, pero yo sabía que ocultaba algo más, mucho más fuerte, puede que más de lo que pudiese soportar.

Me dolían las piernas y la garganta me ardía. Sentí unos pinchazos en el corazón, como si éste se estuviese pudriendo por dentro. Debía abrir aquel archivo, era demasiado importante como para dejarlo pasar.

Extendí mi mano y cogí los papeles yacentes sobre la cama. Estaban un tanto arrugados, un poco mojados. Puede que se hubiesen manchado de vino cuando no lograba entender ni quién era yo mismo.

Sobre los archivos pude leer; “Margarita Lewis”.

Suspiré.

Era un archivo policial, no era cualquier cosa. Fue en ese momento cuando supe que... Margarita había muerto.

Pero, ¿Quién era Margarita? ¿Qué tenía que ver con Mango?

Tras abrir el archivo me dí cuenta de que Margarita era la misma Mango. Había una foto al inicio de la investigación. Al parecer los antecedentes policiales de Mango... no estaban mucho a su favor.

“El 12 de Noviembre de 2016 Margarita es detenida por causar incendios, en diciembre de ese mismo año es acusada homicidio...”

Era una lista gigantesca, muy larga. Había hecho asaltos a mano armada, cambio de identidad, robo de coches, multas sin pagar...

Pasaba las páginas pero aquello parecía interminable, de repente me di cuenta de que no conocía a Mango. De que la chica dulce y delicada del instituto, era una especie de criminal despiadada.

Me quedé sin aliento y parte de mí entró en pánico.

Comencé a buscar lo que esperaba encontrar, alguna fecha de muerte, de desaparición, alguna información que pudiese decirnos si Mango estaba en peligro, si estaba perdida, si había sido secuestrada o si había escapado de casa... pero no encontré nada.

¿Por qué entonces me iba a dar esto Elvira? Acaso quiere que me rinda, que deje de buscar a Mango, que me olvide de ella.

Eso no va a ocurrir, jamás. Necesito encontrar a Mango, quiero saber dónde está. Quiero saber si está bien, lo necesito realmente.

Respiré profundamente y cerré los ojos. Traté de imaginar a dónde iría Mango y lo que pensaría tras las circunstancias y situaciones tan temerarias a las cuales se exponía constantemente. ¿Quién era esta nueva Mango? ¿Por qué actuaba así?

No sabía que hacer, por lo que llamé a la policía. Nunca se me había ocurrido ya que nunca me cayeron bien. A mí la policía jamás me ayudó cuando lo necesitaba, y en realidad lo necesitaba.

Mango era una persona importante, sus padres eran ministros adinerados que siempre viajaban de un lugar a otro, tendría que tener mucha protección constantemente.

Esperé a la mañana siguiente con un tanto de angustia y a primera hora de la mañana me dirigí a la central policial.

—Buenos días, me gustaría consultar un archivo. —me acerqué a la recepción para hablar con el encargado.

—¿Qué necesitas? —me preguntó el encargado.

—El archivo de Margarita Lewis.

—No podemos dar archivos a menos que sea un familiar el que los reclama.

—Es mi hermana. —le respondí.

—De acuerdo. —dijo el hombre en un tono distante, parecía incluso un poco sorprendido.

—Aquí está. —el hombre me dio el archivo de Mango. Le agradecí y me fui de aquél lugar rápidamente.

Me sentía nervioso e impaciente por descubrir todo acerca de su vida.

Margarita Lewis, nacida el 28 de Octubre del año 2005. Fue encontrada la mañana del 15 de Septiembre en el Lago Mayor...

¿Qué?
¿QUÉ?

Todos mis esfuerzos, mis sollozos, mis gritos, mis lágrimas distantes fueron imperceptibles para el exterior. Tuve que tragarme todo ese dolor, la angustia.

Ya no podía llamar a nadie porque ya no me quedaba nadie. Ahora estaba solo, había asustado a Elvira y había hecho que ahora ella también me temiese y que desconfiase de mí.

¿De verdad era tan raro?

Decidí ir a la consulta con Marina, pero en realidad era una excusa para visitar a Elvira y ver cómo estaba.

Llegué ahí muy pronto, y ni si quiera avisé a Marina de que vendría.

Toqué la puerta de la recepción de forma pausada y decidida. Esperaba que fuese Elvira quien la abriese con una gran sonrisa, quería su perdón.

—¿Eduardo? ¿Qué haces aquí? —preguntó Marina alterada al abrir la puerta de forma brusca.

—He descubierto algo... —le dije a Marina mientras miraba a los lados buscando a Elvira.

—Elvira no ha venido hoy.

Miré a la doctora sorprendido.

—¿No ha venido? —le pregunté.

—No, no podía venir, pero por el tono de su voz diría que se trata de ti. Ya le había advertido que salir con mis pacientes no era una buena idea, pero ella no me escuchó.

—No estamos saliendo. —dije enrojecido.

—¿No estáis saliendo? Uh, creía que sí.

Miré a Marina indispuerto.

—Bueno, ¿querías decirme algo?

—Sí, he ido a la comisaría. —le dije seguro de mi mismo.

—¿A la comisaría? —repitió en voz alta. —entra ya.

Entramos a su consultorio y me senté frente a ella. Estuvimos hablando durante unos quince minutos acerca de nuestra terapia y de cómo estaba yendo.

Parecía un día normal cuando estaba ahí dentro, incluso me sentía normal. Era extraño, muy extraño.

Marina me miró como diciendo que ya era hora de comenzar a hablar de lo que realmente importaba, era casi como si lo anterior no hubiese sido nada más que un pequeño calentamiento.

—¿Por qué fuiste a la comisaría?

—Quería investigar acerca de Mango, quería saber dónde estaba. —le decía.

—¿Qué descubriste? —me preguntó la psiquiatra.

—Léelo. —le extendí el archivo para que ella misma pudiera leerlo.

—Margarita fue encontrada muerta en el Lago Mayor... —la psiquiatra me miró a los ojos aterrada. —Muerta...

—Sí, así es. —sonreía con fuerza.

—¿Por qué sonríes?

—Porque está bien. —respondí alegre.

—¿Qué está bien? ... mira Eduardo me alegro mucho de que estés bien y que la muerte de Mango no te haya afectado. En ocasiones nos podemos llegar a sentir muy extraños en esta clase de situaciones, pero no es normal que tu reacción sea sonreír ante la muerte, ¿acaso sabes lo que podría pasar si no te importase su muerte? —preguntaba Marina realmente preocupada.

—No me preocupa ni me afecta porque sé perfectamente que no está muerta.

—¿No lo está?

—No.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso, Eduardo? —preguntó Marina.

—Porque lo noto dentro mío.

—¿Qué lo notas?

—Sí.

—¿A qué te refieres? —me preguntó Marina.

—La policía quiere que creas que Mango ha muerto, ¿qué?

—Por supuesto, ella en realidad no está muerta.

Pensar en la muerte impacta, el simple hecho de pensar que todo tiene un fin puede hacernos sentir muy mal. Durante toda una vida nos reprimimos muchísimas cosas, por el hecho de que pensarán otros. Eso lo unimos a la muerte y inconscientemente hacemos un balance positivo o negativo de nuestra vida. Al ser animales sociales, tener ciertos rasgos de personalidad que vayan en contra de lo que es atractivo para la sociedad, puede hacer que la balanza se vea muy desfavorable.

Quizás la clave está en llegar a la base de los problemas de carácter social y reflexionar, aceptar que vamos a morir y que el tiempo es limitado y a partir de ahí, trabajar en las diferentes áreas de la personalidad, sin presiones, poco a poco. Los grandes cambios empiezan como pequeños detalles de decisiones diarias.

Y bueno, no tenemos porqué ser capaces de hacerlo, hay muchos problemas mentales que impiden incluso el tener la motivación para empezar, por suerte,

existen personas como Marina, que se dedican a intentar cambiar las vidas de las personas que lo necesitan. Ir a estos profesionales no es estar loco.

CAPÍTULO XI;

SIN SALIDA

—¿Por qué crees que no está muerta? —preguntó Marina angustiada. Sonaba como si temiera volver a empezar la terapia desde cero conmigo. Habíamos pasado por mucho... pero siempre tenía la impresión de que no íbamos por el buen camino. O tal vez el del problema era yo y tan sólo era un enfermo incurable.

Miré por la ventana suspirando. No sabía si contarle lo que pensaba, ya que lo más probable era que no me creyese.

—Es porque leí su diario. —le dije a Marina.

—¿Qué decía?

—Bueno... decía que entre otras cosas, ella escaparía y le pagaría a unos investigadores o alguna cosa así que escribieran un documento oficial que probase su muerte.

—¿Eso decía?

—Sí.

Marina miró hacia el techo y respiró con fuerza. Al parecer era un tema muy complicado de tratar, incluso para ella.

—¿Cómo conseguiste estos archivos, Eduardo?

Miraba mis uñas tratando de convencerme de no volver a morderlas, aunque sabía que tarde o temprano terminaría haciéndolo.

—¿Eduardo? —me preguntó confundida.

—Eh, sí, ¿Cuál era la pregunta?

Creo que ese fue el momento en el cual Marina decidió que lo mejor sería comenzar con otro tratamiento o darme algo más fuerte.

Mi recuperación no iba en línea recta, era más bien algo así como una montaña rusa. Un día estaba en la cima y al siguiente todo volvía a caerse. Era un caos incluso para mí, por lo que no podía ni imaginar lo complicado que sería

para los demás.

—¿Cómo conseguiste los archivos? —repitió Marina en un tono atroz.

—Bueno, yo les mentí, les dije que ella era mi hermana.

—¿Y te los dieron?—preguntó Marina.

—Bueno, sí.

—Así, ¿sin más?

—Primero me hicieron una prueba con las huellas, para verificar mi edad o algo así.

—¿La verificaron?

—Pues claro. —respondí contento.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—¿Qué significa?

—Que Mango y tu en realidad sí que estabais emparentados.

—¿Cómo? ¿Entonces de verdad era mi hermana? —preguntó Eduardo.

—Sí, pero eso tú ya lo sabías. —respondió Marina colocando su mano sobre la barbilla.

—¿Yo? No tenía ni idea...

—Claro que lo sabías, ¡por supuesto que sí! —exclamó Marina.

Estaba comenzando a asustarme, casi sin pensarlo dejé que mi cuerpo se introdujera lentamente en el sillón.

—Pero... no lo comprendo.

—¡Las dos están muertas, las dos Eduardo! Porque tu hermana y Mango son la misma persona.

Me desmayé casi de inmediato.

Cuando desperté estaba rodeado de paredes blancas. Sonó una alarma a mí costado que no me resultaba para nada familiar.

Un señor de unos setenta años se acercó a mí y me llevó a su oficina.

Por lo que pude ver mientras caminaba por el pasillo, me encontraba en una institución para enfermos mentales, un psiquiátrico. Me sentía vulnerable y deshonrado, decepcionado y perdido.

—Debes tener montones de preguntas en tu cabeza ahora mismo. —me dijo el señor mientras se sentaba frente al escritorio.

Aquella oficina era muy pequeña, estaba pintada de un humilde color azul, y por la ventana no podía ver nada más que un solitario árbol con un par de cerezos.

—En realidad no lo creo. —le respondí mientras observaba mi vestimenta grisácea de algodón.

—¿No crees tener preguntas?

Moví la cabeza a los lados.

—¿Y eso, a qué se debe? —me preguntó el hombre.

Por la cantidad de preguntas que me hacía, y la forma en la que las hacía, pude adivinar casi de inmediato que aquel hombre era un psiquiatra, y digo casi de inmediato porque estaba demasiado drogado como para poder notarlo en seguida.

—Imagino que habrá pasado algo que ha hecho que mi psiquiatra Marina se exaltara, por lo que me envió aquí. A decir verdad tenía derecho de haberlo hecho hace muchos años, pero supongo que sentía compasión por mí. —dije indiferente.

—Creo que ahora hablan los calmantes. Siento que hayamos tenido que darte tantos, tu psiquiatra nos lo recomendó. Queríamos que escucharas los planes que tenemos para ti.

—¿Y qué clase de planes son esos? —le pregunté al hombre.

—Bueno, antes que nada darte la bienvenida al hospital psiquiátrico de la Doctora Hernández. Es importante que tu comportamiento y conducta sea la adecuada. Tienes que respetar las reglas y a tus compañeros. Los horarios los tendrás en tu habitación, así como también una pequeña agenda para que puedas escribir todo lo que te apetezca. Llevar un diario puede ayudarte con los problemas que puedas llegar a tener. —me explicó aquél hombre de forma calmada y delicada. En su rostro se dibujaba una sonrisa que reflejaba confianza.

—Entonces, ¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí?

—Bueno, todo depende de ti. Puede que tres meses, o cinco años. —dijo el doctor.

—¿Cinco años?

—En efecto, pero solamente si dejas que tus ataques de pánico te dominen. —me explicaba el señor. —Y por cierto, puedes llamarme Eric.

—Mi nombre es Eduardo. —le respondí.

—¿Tienes alguna pregunta?

—Sí, bueno, más bien aclaración. Yo no tengo ataques de pánico. —le dije con honestidad.

—¿Ah no? ¿Qué es lo último que recuerdas? —preguntó el doctor Eric.

—Recuerdo estar en la consulta con mi psiquiatra Marina.

—¿Recuerdas por qué estabas ahí? —preguntó el médico.

—No, yo creo que solamente fui por la consulta semanal. Veo a la doctora cada semana, ella me ayuda con mis problemas.

—Eso es bueno saberlo, aunque por ahora tendrás otro psiquiatra.

—¿Usted será mi psiquiatra?

—Así es.

—De acuerdo, pero como le digo, no recuerdo nada más de aquel día. —le

comentaba al doctor.

—Está bien, es todo por hoy. Ve a conocer a algunas personas, creo que te vendrá muy bien el cambiar de aires y comenzar de cero.

—Eso espero, intentaré ser sociable. —le respondí mientras que me iba de aquella sala.

Me preguntó que haría ahora. No recordaba la razón por la que estaba en ese sitio. Todo me resultaba un tanto agobiante.

Fueron pasando los días en el psiquiátrico y poco a poco fui conociendo a más personas, y haciendo amigos.

—¿Qué tal ha ido tu primera semana, Eduardo? —me preguntó el doctor.

—La verdad es que no ha ido nada mal, de hecho, creo que me gusta una chica. He conocido a alguien muy especial. —respondí a la vez que mis mejillas se tornaban rosadas.

—¿En serio? Me alegra mucho oír eso, es bueno que te relaciones con otras personas que ya están más avanzadas con la terapia. Estoy seguro de que te ayudarán en tu proceso de recuperación.

—Yo creo que sí lo harán.

—Y cuéntame, ¿cómo se llama esa chica? —preguntó el doctor intrigado.

Eduardo miró al doctor y sonrió. Parecía estar en otro mundo, o quizás en otro universo. Estaba realmente entusiasmado y enamorado. Incluso resultaba un tanto extraño verlo así.

—Su nombre es Mango.

CAPÍTULO XII;

LATITUD

Desperté desorientado, como si me hubiesen sometido a horas y horas de diversas terapias. Me sentía drogado y extraño.

No era capaz de recordar lo que había sucedido en esa última semana, ni tampoco en el último mes. Lo único que recordaba era haber estado aquí en el psiquiátrico.

Sabía que llevaba un tiempo, pero no sabía cuánto. Me tumbé hacia un lado y observé la agenda de la mesilla de noche. Empecé a escribir mis pensamientos y pesadillas.

Observé aquel cuaderno. No había nada escrito en él, estaba completamente vacío de emociones. Estaba en blanco.

No comprendía aquello, ¿Cómo podría estar en blanco si tuve la necesidad de escribir en él unos segundos después de abrir los ojos?

Aquello no tenía otra explicación aparte del hábito diario. Pero esas páginas no estaban. Las sentía en mi mente, pero me era imposible recordarlas.

Me levanté y miré al pasillo. Era de un color amarillo chillón. Ya había despertado casi todo el mundo, parecía que yo era de los últimos.

Bajé al comedor y vi una mesa llena de caras conocidas. Estaba Regina, Emilio, Juan y Roberta, pero, ¿Cómo sabía sus nombres?

Los miré desconcertado y me senté a su lado.

—¿Creéis que le ha vuelto a pasar? —preguntó Roberta. Me miraba fijamente y parecía nerviosa.

—Querrás decir si se lo han vuelto a hacer. —dijo Emilio a la vez que miraba por la ventana con indiferencia.

—¿Qué me han vuelto a hacer? —pregunté. No conocía a estas personas, pero me resultaban realmente familiares.

—Estos pirados creen que te borran la memoria cada vez recuerdas a... — comenzó a decir Regina.

—¡Chht! Nosotros también tenemos que evitarlo. ¿O queréis que vuelva a pasar? —exigió Roberta con preocupación mientras que miraba enfadada a Regina.

—Es un cuento que os habéis inventado. Aceptarlo y ya está. Tienes amnesia chico. —le dijo Regina mientras lo miraba directo a los ojos.

Regina parecía estar segura de sí misma, creía saber de lo que hablaba, pero...

—¿Amnesia? —pregunté.

—Sí, amnesia. ¿Cuántas veces vamos a repetirlo? —preguntó Regina mientras colocaba sus piernas sobre la mesa y husmeaba en su yogur natural encontrando las últimas cucharadas de éste.

—A ver, ¿qué es lo último que recuerdas? —preguntaba Juan a la vez que se acomodaba sus pesadas gafas marrones.

—Cuando me ingresaron. —dije seguro de mi mismo, era como si pudiese solo recordar una parte de mi.

Me quedé atónito, asustado, callado.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Regina sarcásticamente fingiendo estar muy sorprendida.

—Eso lo iba a preguntar un segundo más tarde... —le corrigió Juan muy molesto.

—Como sea, estoy cansada de esto. —Regina se levantó de prisa y se fue por la puerta sin mirar atrás. Dejó su lado de la mesa completamente sucio, supongo que era el precio que nos hacía pagar por aburrirla.

—Perdona a Regina, ella es así. —dijo Emilio, quien tenía la cara cubierta de su largo pelo que ya incluso le tapaba los ojos.

—Ya veo. —respondí.

—En fin, supongo que lo que intentamos decirte... es que esto ya te ha pasado varias veces. —decía Juan.

—Muchas, muchas veces. —dijo Emilio preocupado.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté.

—Un año. —dijo Juan respirando hondo.

—¿Un año? —pregunté alarmado.

—Sí, es como un círculo.

Eduardo. Estaba realmente preocupado. No tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando. Sentía como si hubiesen utilizado mi mente una y otra vez. Como si fuese una trituradora rota y vieja.

Miré hacia la ventana y suspiré frustrado.

—¿Sabéis? No soy capaz de recordar nada... ¡nada! Incluso antes de llegar aquí... todo está borroso, pero estoy cansado, me siento agotado y atrapado. Quiero salir de aquí, y necesito vuestra ayuda. —dijo furioso con el puño cerrado y bien colocado sobre la mesa.

—¡Nos alegramos que hayas llegado a esa conclusión! —dijo Roberta feliz. Su rizado y abultado pelo se movía de un lado a otro con pasión.

Miré a los chicos, pero no parecían demasiado sorprendidos.

—¿Ya os lo había dicho no? —pregunté.

—Sí. —dijo Roberta.

—¿Y cuál era el plan?

—Arrancamos las hojas de tu diario cada vez que te borran la memoria, bueno, antes de hecho. Para que lo no hagan los guardas. —explicó Juan.

—¿Las hojas de mi diario? —pregunté.

—Pues sí, claro. —respondió Emilio.

—¿Con qué fin?—dudé.

—Para ayudarte a recordar. Es algo así como una terapia para la memoria. Lo recuerdas, nos recuerdas. Ya no hay amnesia. —se reía Emilio.

—No es gracioso Emilio. —se molesta Roberta.

—Ya lo habéis intentado... ¿y qué pasó? —pregunté.

—Te vuelves a obsesionar con lo mismo, te vuelves muy loco, así que te borran la memoria. —dijo Roberta.

—¿Y si simplemente lo leo, no me obsesiono y salgo de aquí? —pregunté.

—Tan optimista como siempre Eduardo, pero siempre te obsesionas. —declaró Juan.

—¿De verdad que siempre? —pregunté muy alterado.

—Todas las veces. —dijo Roberta.

—¿Y si no se los digo a los psiquiatras? —se me ocurrió.

Emilio se puso la mano en la cabeza, cansado.

—No va a funcionar, te hipnotizan. —se irritó Emilio.

—De acuerdo. ¿Y si no recuerdo a aquello con lo que me obsesiono? —pregunté curioso.

—Al final, siempre lo recuerdas. —dijo Roberta entristecida.

—¿Cuánto tardó en recordar? —me interesé.

—A veces un par de días, pero otras veces sólo unas horas. —explicó Roberta.

—Ya veo... ¿y por qué no me lo decís vosotros? Puede que así lo pueda controlar mejor, tal vez así no me alteraría, no levantaría sospechas y no habría necesidad de hacerme hipnoterapia. —sugerí emocionado.

Mis compañeros de mesa se miraron los unos a los otros.

—¿Qué? ¿Ya lo habéis intentado? —pregunté.

—La verdad es que no. —respondió Emilio.

—A mí me parece una gran idea. —dijo Roberta.

—Pues dame el diario. —dije con una sonrisa.

Los chicos me miraban inseguros y preocupados.

—¡Dádmelo! —grité.

Pero nadie hizo nada, nadie se movió. Me levanté de la silla para irme, pero los vigilantes ya se habían dado cuenta de mi alboroto.

—Eduardo. —dijo el vigilante.

Lo miré desganado y lo seguí hasta el despacho de mi psiquiatra.

—¿Qué ha pasado Eduardo? En la últimas semanas no te comportabas así. —me preguntaba el psiquiatra a la vez que bebía de su taza de café manchada.

—No puedo recordar nada. —dije entristecido.

—Pero me recuerdas a mí, ¿no? —preguntó el psiquiatra.

—Ya sabe que sí, esto ya ha pasado antes, muchas otras veces. —observé mis pies deprimido. ¿Cuándo iba a poder salir de aquí?

—Has hablado con tus amigos.

—No son mis amigos si no puedo recordarlos. —dije frustrado.

—Lo son si no eres capaz de olvidarlos. —dijo el médico a la vez que notaba como mi barbilla se elevaba junto con el interés que sentía hacia la conversación.

—No me lo han dicho, no quieren que recuerde.

—Puede que sólo quieran ayudarte.

—No tener memoria, no es ayudar. Es una condena, es una tumba.

—Entiendo que te sientas así. —dijo el psiquiatra.

—¿Qué es lo que no puedo recordar, y por qué? Si está en mi mente, si yace dentro de mí, tiene que terminar saliendo. —dije tratando de reflexionar acerca de esta situación.

—Eduardo, cada vez que lo recuerdas... —respiró el psiquiatra con fuerza.

—¿Me obsesiono? —pregunté ya sabiendo la respuesta.

—Ojalá todo fuese tan fácil, ojalá te hubiese diagnosticado con el trastorno obsesivo compulsivo, pero la mente del ser humano no es tan sencilla, no, Eduardo. Tu mente no es nada sencilla. —se reprimía el doctor. Sabía que tenía que decirme algo, pero ese algo... no... salía de él.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que hay algo más?

El doctor miró al suelo, pero en seguida fue capaz de mantener la compostura. Fue entonces cuando su mirada penetró en la mía.

—Cada vez que recuerdas aquello... la maldad te domina, te conviertes en otra persona, tus ojos se vuelven rojos. Te vuelves completamente loco y

sanguinario. —dijo el psiquiatra aterrorizado.

Me quedé callado en silencio sin decir ni una palabra. Me sorprendió ver que mi psiquiatra no dijo nada para tranquilizarme.

—Lo primero es que no quieras recordarlo. Eso es lo más importante.

—Puede que sabiendo a lo que me enfrento...

—No, no sería bueno para ti. No hay que arriesgarnos. —respondió el hombre.

Me quedé pensativo, decepcionado.

—¿Y qué fue lo que hice? —pregunté.

—¿Qué?

—Dices que hice cosas terribles.

—Bueno, sí...

—¿Maté a alguien? —pregunté nervioso.

CAPÍTULO XIII;

TRECE

No había matado a nadie, o por lo menos no había ninguna prueba de que lo hubiese hecho. Traté de aprovechar esa oportunidad para cambiar y salir del psiquiátrico lo antes posible.

Llamé a Emilio a mi celda, él parecía ser el más cercano. Lo esperé sentado en la cama repasando mentalmente el meticuloso plan que había organizado.

Emilio entró y me observó perplejo.

Yo me encontraba en una posición un tanto extraña; con las rodillas entrecruzadas de modo incómodo.

—¿Qué haces? —preguntó Emilio mientras se quedaba quieto en la puerta.

—¿No vas a entrar? —le pregunté entre risas.

Emilio pareció alarmarse.

—¿Por qué te ríes?

—Sólo quería comprobar si me tenías miedo... —le confesé.

A Emilio no le gustaba que se burlasen de su masculinidad, por lo que entró con rapidez y se sentó en el suelo frente a mí.

—Por lo que tengo entendido... tú tienes los apuntes de mi diario, ¿no? —le pregunté mientras elevaba la ceja.

Emilio se empezó a preocupar y comenzó a alejarse lentamente de mí.

Suspiré con fuerza.

—Lo único que quiero es contarte mi plan, eso es todo. —le decía con honestidad.

—Está bien, pero si no me convence... me voy.

—De acuerdo. —respiré con fuerza.

Emilio me miró esperando a que hablase.

—Me ha contado el psiquiatra que cada vez que lo recuerdo, hago cosas terribles.

—Si.

—Pero, ¿y si no lo recordase? —dije sonriendo.

—Esto ya lo hemos hablado Eduardo...

—No, no, sé qué siempre lo recuerdo. Pero lo hago de forma física.

—¿A qué te refieres? —preguntó Emilio.

—Si solamente lo leyese, puede que no lo recordase, por lo que tendría cuidado cuando viese las señales acercándose hacia mí. —se me iluminaban los ojos a la vez que hablaba con gran emoción.

—Hmm, no lo sé, realmente no sé si eso funcionaría.

—¿Ya te lo había propuesto?

—No, no, es la primera vez. —dijo Emilio.

—¿Había tenido otras ideas en el pasado? —pregunté.

—Oh sí, montones de ideas a decir verdad, toda clase de ellas, desde las más simples hasta las más complejas.

—¿Y alguna vez te había propuesto algo a ti?

—Nunca, de hecho, siempre me has tenido un poco de manía, bueno, tu hablabas de “hipomanía”, te parecía más graciosa esa palabra aunque no tuviese nada que ver. —dijo Emilio.

—¿Manía? No recuerdo nada de eso, pero te aseguro que ahora mismo no me siento así.

Emilio miró hacia los lados nervioso, se notaba que trataba de valorar todas las opciones y perspectivas.

—Ah, está bien, te traeré los apuntes, pero por favor, no la cagues.

Sonreí de alegría y salté a abrazarle.

¡Sí! Pensaba con fuerza.

—Vale, vale, no nos emocionemos hasta que esto funcione, ¿está bien?

—Sí. —le dije con emoción.

Emilio se fue.

A decir verdad, mis razonamientos fueron un tanto impulsivos. No había pensado muy bien aquel plan, y me sorprendió no haberlo pensado en el pasado, parecía lo más lógico, lo que hubiese hecho antes.

Por más que pensaba y razonaba, sentía que una pieza del rompecabezas no encajaba. ¿Cómo era posible que acertara a la primera?

¿En quién podía confiar?

¿Podría ser que todo esto no fuese más que un teatrillo?

Esperé con paciencia. A decir verdad realmente escéptico. Permanecí callado y me senté sobre el suelo para parecer más envuelto en esta realidad.

Mi compañero que por alguna razón parecía familiar aunque no recordaba absolutamente nada de por lo que habíamos pasado me trajo un cuaderno, mi diario.

—Gracias, de verdad que no sé cómo agradecerte. —dije encantado.

—Escucha, no hay de qué. Y ni una palabra a nadie. Estaré por aquí cerca. Respira hondo y trata de no entrar en pánico, porque si no... ya sabes, bueno te borrarán la memoria. —sonrió mi compañero.

El diario parecía un tanto húmedo, como si lo hubiesen mojado para que pareciese más real, no sé había algo que no cuadraba.

¿Era todo así de fácil? Pedía una cosa y me la daban, decía algo insensato y todos coincidían conmigo. O había sido una persona increíblemente digna de admirar y sociable, o aquí pasaba algo raro, algo realmente perturbador y planificado. Alguna especie de trampa.

—Adiós. —le dije con seriedad mientras que lo acompañaba a la puerta de mi habitación.

El compañero se retiró confuso.

Respiré tres veces antes de abrir mi diario, y me pregunté a mi mismo si aquello sería una buena idea.

¿Y si esto es real? ¿Y si de verdad no quiero saberlo? ¿Y si es una trampa y no sé qué pensar? No sé qué hacer.

Mis dedos temblaban, no sabía si abrirlo o si dejarlo ser. Si quedarme callado o gritar. Estaba confundido y angustiado.

Así que decidí no hacer nada. Me levanté y fui a devolverle el diario a mi compañero.

—No voy a leerlo. —le dije a la vez que le extendía el diario.

—¿Qué? —me preguntó perplejo.

—Es que creo que no debería. No ha sido buena idea.

—¿No sientes curiosidad? ¿Por lo menos un poco? —me preguntó.

—Algo sí que siento. Pero no quiero destrozarme el cerebro la verdad.

—¿Destrozarte el cerebro?

—¡Sí! ¿Cuántas veces he pasado por esto? —pregunté adolorido tan sólo de pensarlo.

—Puede que diez o quince... no estoy seguro.

—¿Y había hecho esto otras veces, lo de devolverte el diario? —ambos sabíamos a lo que me refería.

—No, y eso me asusta.

—Es algo bueno, significa que estoy progresando. —respondí con una sonrisa.

—Supongo que sí tío. —se rió a la vez que me daba la mano.

Me retiré a mi habitación. Y de pronto la vi; estaba de pie en la puerta de mi habitación. Me miraba sonrojada, incluso un tanto tímida.

Todo cobró sentido tras unos segundos; sus recuerdos dentro de mí; su sonrisa, la forma en la que la conocí en el instituto y todas las otras veces que la

había recordado.

Fue un momento extraño de lucidez, pero esta vez era distinto; esta vez yo sabía que ella no era real.

Entré en el cuarto y cerré la puerta. Quería hablar con ella.

CAPÍTULO XIV;

MALDAD

—¿Dónde has estado? —le pregunté con lágrimas en los ojos.

Mango me miraba directo a las pupilas. Tenía los labios azulados, parecía que se le iban a caer.

—En otro mundo. —me respondió sonriendo.

Ella siempre parecía tan optimista. Parecía feliz, y así era siempre como la recordaba.

—¿Y por qué siempre vuelves? ¿Qué no ves que es por ti que estoy aquí? —le grité llorando.

Mango se entristeció. Colocó su mano helada sobre la mía.

—Estás muy fría. —sollocé.

Un guardia abrió la puerta con brusquedad. Lloraba con demasiada intensidad, y es que me costaba demasiado aceptar su muerte.

—¿Qué te pasa chaval? —preguntó el señor con las manos dentro de los bolsillos. Tenía un corte de pelo gracioso y la mandíbula retraída.

—Nada, no ha sido un buen día. —le dije tratando de disimular.

—¿Has visto tu cosas chungas de esas? Por aquí hay rumores acerca de ti chaval...

—No, no es nada de eso. —le mentí.

—Vale, bueno, hasta luego. —el hombre cerró la puerta y se retiró rápidamente.

En cuanto se fue el hombre, Mango volvió a aparecer prácticamente en seguida.

—¿Qué fue lo que te pasó? —le pregunté.

—Mis padres querían mudarse de ciudad, una vez más y yo... ya no lo soportaba. —me decía.

—¿Por qué no acudiste a mí? Sabías que vivía solo. —le insistí.

—No te conocía la suficiente, quiero decir, solamente nos vimos un par de veces en el instituto, ¿no? —comenzaba a llorar Mango.

El rostro se le tornaba azul. Se veía enferma, ahora realmente parecía muerta.

—Sí. —respondí con seguridad.

Mango me miró decepcionada.

—Escapé a... al bosque, creí que ese sitio sería el mejor para quitarme la vida, así que hice lo posible por ahogarme en el lago.

—¿Lo conseguiste? —pregunté.

—Sí, lo hice.

—¿Y qué pasó con tus padres? —me interesé.

El pelo de Mango cada vez parecía más húmedo, más mojado, aquello me volvía más tenso.

—Nada. Supongo que se lo esperaban, de todas formas nadie quiere realmente a una niña adoptada. ¿Sabes? —me preguntó.

—No, no lo entiendo, yo no soy adoptado.

—Pues tienes suerte.

—¿A ellos los has visitado? —pregunté.

Mango rió.

—De acuerdo, veo que los detestas.

Mango me miró en silencio.

—¿Y por qué siempre vuelves conmigo?

—Vuelvo porque tú me necesitas. —dijo Mango.

—¿Yo? ¿Por qué iba a necesitarte? —le pregunté entre susurros.

—Porque soy tu hermana. ¿Recuerdas?

Una montaña rusa de emoción pasó por encima de mí. Sentí dolor, ansiedad, no me lo podía creer. Era la sensación más incómoda que había experimentado jamás.

—¿Qué? —lloré.

—Sí, lo recuerdas. Sé perfectamente que lo recuerdas.

—¡No! —grité.

—Una noche fui a aquella cabaña, la que encontramos los dos juntos. Quería ir porque tenía hambre, pero tú estabas dormido y no quería despertarte. —comenzó a decir Mango.

—¡No! —grité.

—Así que me fui, era muy pequeña y no sabía bien a dónde iba. Al final no

pude regresar, no pude volver a encontrarlos, pero un día... —siguió explicando.

—No sigas, por favor. No puedo más. —lloraba.

—Un día volví, después de algunos meses. Estabais celebrando, como si nada hubiese pasado. Como si todos lo hubieseis superado.

—No lo hicimos.

—Ya, eso creí yo... hasta que te vi en el instituto, no me reconociste. —

Mango estaba enfadada.

—No, no lo hice. —le confesé.

—Habían pasado muchos años, pero yo sabía perfectamente quién eras.

—Lo siento. ¿Qué es lo que quieres de mí? —le pregunté llorando.

—Sólo déjame ir. —me dijo con una sonrisa.

—De... de acuerdo. —le dije a la vez que me desmayaba.

—Adiós hermanito. —me susurró al oído y me dio un beso en la frente.

“Adiós” dije en mi cabeza.

Desperté en la enfermería del hospital psiquiátrico. Frente a mí estaba el psiquiatra. Supongo que esperando a que despertara para después borrar mi memoria.

—¿Eduardo? —preguntó mi psiquiatra.

Abrí mis ojos lentamente. Y me incorporé. Me sentía mareado.

—Eh, cuidado, te diste un buen golpe en la cabeza. —dijo el enfermero.

—Bueno, ¿listo para hacer el reinicio? —preguntó el psiquiatra.

—¿Así lo llamáis ahora? —pregunté.

—Pues sí, así es.

—No, esta vez no estoy listo.

—¿Por qué? —preguntó el doctor.

—Porque la he dejado ir.

—¿Qué?

—Ya no está, se ha ido. —lloraba con fuerza.

—Quieres decir, ¿estás listo para avanzar?

—Estoy listo. —dije entristecido.

Una parte de mí se sentía satisfecha, como si eso fuese lo que tendría que haber hecho desde el principio. Se sentía bien hacer lo correcto.

Volver a empezar, sí, pero con mi memoria intacta.

Cuesta superar una pérdida, incluso a veces, no se termina por superar nunca. Toda experiencia de peso lleva un valor emocional, en un momento de tu vida concreto. Cuando todo va mal, tener una experiencia muy positiva con alguien puede llegar a trascender durante el resto de tu vida y más, si todo sucedió de forma efímera.

Comprender y aceptar que el tiempo es limitado, que hay millones de

personas en el mundo con las que seguramente nos complementemos mejor y salir para conocer gente nueva, puede ayudarnos a retomar el camino.

CAPÍTULO XV;

SIEMPRE HA SIDO ASÍ

Abrí los ojos a la vez que me sentía tremendamente vulnerable. Sin Mango, y sin mi hermana. Era difícil no volver a caer en sus espejismos y tener que aceptar todo lo que ocurrió.

—Cuando volví erais tan felices...— le dije al psiquiatra recordando las palabras de mi hermana Margot, o como a ella le gustaba que le llamasen; Mango.

Si tú supieras lo infelices que éramos, lo miserable que era nuestra familia. Ojalá lo hubieras sabido tanto como yo, puede que entonces comprendieras. Puede que entonces hubieses querido volver.

—Pero no fue así. —dijo mi psiquiatra prosiguiendo con la terapia. El realmente confiaba en mí, quería que yo superase todo aquello, y que por fin tuviese la capacidad de ver la realidad.

—Es que ella siempre ha sido así. —le dije.

—¿A qué te refieres? —preguntó mi terapeuta distante y con curiosidad.

—A lo que me refiero, es a que mi hermana, Margot o Mango, como prefieras. Siempre ha sido muy susceptible al exterior, siempre esperaba el amor de los demás hacia ella. —le explicaba al señor.

—¿Y no crees que tú eres como ella en ese sentido?

—Sí, en realidad lo soy. Por eso la veía incluso después de su muerte. Porque siempre había esperado su perdón, a pesar de que sabía que no lo iba a obtener.

—¿Puedo preguntar por qué se suicidó? —preguntó el psiquiatra, temeroso de que volviera a recaer en aquellas alucinaciones, pero él no podía evitar preguntar. Eran las pruebas a las que me tenía que someter para finalmente poder terminar mi tratamiento.

—Sólo recuerdo lo que ella me dijo. —respondí.

Mango me lo había contado todo, aquella historia se había quedado permanentemente clavada en mi mente. Lo que me dijo la última vez que la vi, justo antes de dejarla ir.

—Ella me dijo que estaba enfadada conmigo por no haberla reconocido.

—No puedes culparte por eso, Eduardo, habían pasado muchos años, tú no podías saber que ella estaba viva, y mucho menos podías saber cómo se vería ella diez años después de su desaparición. —dijo el hombre.

—Eso lo comprendo, pero aún así, no pude evitar sentirme de un modo terrible. —terminé de decir. Suspiré y cogí aire con fuerza. —¿Sabes? No puedo dejar de hacerlo. De analizarlo todo, de culparme, de romperme por dentro, y sé a la vez que no puedo decir nada, que lo que me queda es quedarme inmóvil.

—Puedo imaginar cómo te sientes, pero todo es un proceso. La vida es un proceso. Nadie te prepara para las cosas que van a ocurrir. Nadie puede decirte qué hacer, y evidentemente nadie podrá quitarte esa culpa. Lo que sí ocurrirá es que algún día madurarás. Te convertirás en un adulto y comenzarás a ver las cosas de otro modo. Te darás cuenta de que no ha sido tu culpa, y que ya no puedes hacer nada. Pero, ¿sabes? No pasa nada. Así es la vida. Y mientras antes aprendas las lecciones y afrontes las consecuencias, mejor. —reflexionó el psiquiatra.

—Espero que algún día pueda recordarla con una sonrisa, y no con una terrible punzada en el pecho. —respiré con dolor.

—Y cuéntame. ¿Cuáles son tus planes para cuando salgas de aquí? Recuerda que solo falta una semana. —trataba de animarme el psiquiatra.

—Lo sé. Sólo una semana... es increíble. Y pensar que he pasado aquí un año y medio. —se me nublaba la visión al pensar que había desperdiciado tanto tiempo ahí dentro.

—Has aprendido mucho, y has crecido. Todos aquí estamos muy orgullosos de ti y esperamos que sigas asistiendo a terapia. —me decía el hombre.

—Seguiré con ello. Cuando salga quiero organizarle un funeral a mi hermana, uno que de verdad se merezca. Me gustaría poder arreglar las cosas con Elvira. Siento que en aquél momento no me comporté de la mejor forma. —me quedé mirando al suelo por unos instantes. Hace mucho que no veía a Elvira. No vino a visitarme ni una vez.

—Sí chico, tienes muchos asuntos que resolver, pero estoy seguro que no te será muy complicado, y que podrás con ello.

—Gracias doctor.

—¿Y esa tal Elvira? ¿Era tu novia?

—No, nunca tuve la fuerza para pedirle salir. Era un cobarde.

—Pero ahora eso ha cambiado, ¿no?

—Así es, ahora soy otra persona.

Aquella semana fue la más rápida de todas. No fue sencillo despedirme de mi vida enumerada y calculada. Tampoco fue fácil tener que apuntar todos los medicamentos que tomaba prácticamente cada hora, aunque una de las cosas más complicadas fue despedirme del compañerismo, y definitivamente echaré de menos estar rodeado de personas constantemente.

La soledad siempre había sido un aspecto de mi vida que había decidido aceptar y sobrellevar sin rechistar. ¿Por qué? Creo que no tenía ninguna otra opción.

Lo que yo tenía en la vida era una gran memoria, y eso era todo. En el psiquiátrico aprendí que tenía que seguir yendo hacia delante y mantener el cuerpo erguido y la cabeza firme.

No quería mirar atrás y no quería cometer los mismos errores. Estaba decidido, no iba a tener más alucinaciones porque tomaría las pastillas a tiempo, y pasaría más tiempo rodeado de personas, estaba decidido a mantener esta postura.

Un mes después de salir del hospital, se puede decir que comencé realmente a retomar mi vida real. Por ejemplo la semana pasada había organizado el funeral a Margot, y el miércoles había quedado con Elvira para solucionar las cosas, pero el martes sucedió algo que no esperaba.

—Eduardo. —escuché una voz que me susurraba.

Me quedé pasmado. ¿Se me había olvidado tomar la pastilla? No.. si que la había tomado. Venía del espejo del baño. Me dirigí a éste y me encerré. Dejé las luces apagadas porque no quería ver ninguna alucinación.

Sí que había tomado la pastilla, sí que la había tomado, esto no es real, sé que no lo es.

—Eduardo, ¿quieres saber cómo he muerto? —susurraba la voz desde dentro del espejo.

—¿Por qué vienes ahora? Creí que ya te había dejado ir. —temblaba mientras trataba de no mirar al espejo.

Dentro de aquel cristal comenzaba a brillar una luz color azul. Esta crecía con fuerza y parpadeaba frente a mí.

—Yo no te he dejado ir.

—Déjame ir, por favor. —le rogaba. Pero ella insistía en contarme cómo murió. No me quedó de otra más que escucharla.

—Quería subir al árbol, al árbol de mis sueños. Acerca del cual siempre hablaba en mis sueños. Existía. Estaba en mitad del pantano. Era un sitio precioso. Era idónea para mí. —me contaba con la voz ronca, parecía que las cuerdas vocales no le funcionaban de forma correcta.

Yo ya no tenía miedo, no tenía razón para temerle, era mi hermana menor. A la que había cuidado siempre, a la que tanto quería.

—¿Qué pasó después? ¿Pudiste subir a aquel árbol? —pregunté.

—Lo hice. Me elevé. Subí hasta la parte más alta. Tenía una casita. Era perfecta para mí. Cabía perfectamente. Ese iba a ser mi sitio, para esconderme de mis padres adoptivos. Ellos querían mudarse de ciudad, pero yo ya estaba cansada de todo, estaba agotada mentalmente. —lloraba Margot.

—¿Querías esconderte de tus padres en el árbol? ¿Pasar la noche ahí? ¿Tu sola? —pregunté.

—Sí, en efecto, ese era el plan, pero algo no salió como yo esperaba.

—¿Qué pasó?

—Lo veo todo borroso. —parecía que Mango se mareaba. —No logro comprender las señales. Este mundo es extraño.

—¿De qué mundo hablas?

—Del astral, el mundo de los muertos. Dónde estoy atrapada. No puedo irme. No hasta que logré superar todo por lo que tuve que pasar en la tierra, y no creo poder lograrlo jamás. No creo ser tan fuerte. —confesaba Mango.

—Eres fuerte, eres muy fuerte. Sé que podrás superarlo, al igual que yo. —le sonreí para que pudiera sentirse más segura.

—Miraba el pantano, y me caí. Comencé a verlo todo en cámara lenta. Mi bufanda volaba por los aires sin detenerse. Aquello fue realmente memorable. No sentí dolor, pero escuché como mis huesos se rompían.

—¿Te caíste al pantano?

—Sí, caí muy profundamente. Hasta el fondo. Solo mi cabeza estaba en la superficie. Pero yo no podía moverme. No era capaz de mover ni un solo hueso. Sentía todo paralizado, roto.

—¿Qué fue lo que pasó después?

—Yo solo... cerré los ojos. Me dormí. Fue lo más fácil. No sé Eduardo, supongo que solamente me rendí.

No siempre tenemos que persistir en nuestras metas, a veces el orgullo de apodera de nosotros, pero en esas situaciones ese mismo orgullo se vuelve desadaptativo.

Otras veces es desadaptativo con las personas que queremos, en el corto plazo puede funcionar, pero en el largo plazo, cuando hacemos ese balance de la vida, puede decantar la balanza hacia el lado que menos gusta.

Imaginemos que queremos hablar con alguien porque queremos a esa persona y hemos comprendido que vamos a morir, eso unido al objetivo más importante en la vida que es ser feliz. ¿No te haría replantearte las cosas?

En la primera situación es el orgullo, en la segunda es el egocentrismo. En

las dos estás pensando en ti, pero en una de ellas estas adaptandote mejor al medio

CAPÍTULO XVI;

RECUERDOS DEL PASADO

Nunca dejé de verla. Estaba en mis sueños, en mis lágrimas, en mis amistades, en los pasillos del instituto. En mis sollozos y en mis risas. No podía hacer que se fuese, pero parte de mí tampoco lo quería, se había convertido en mi amiga.

—¿Por qué nunca fuiste a verme al hospital? —le pregunté a Elvira decidido mientras tomábamos una taza de café en la terraza de una cafetería antigua pero con mucha clase.

—Lo hice, varias veces, pero no me dejaban verte. Trataban de aislar todo contacto que tenías con el mundo real, porque estabas muy mal, si que lo estabas. —me confesaba Elvira preocupada.

—¿Entonces querías verme?

—Claro que sí. No te he olvidado. Pensaba en ti todos los días.

—Yo también lo hacía. Todo el tiempo. —respondió Eduardo.

—Nunca dejé de recibir noticias de ti. Llamaba al hospital para preguntar cómo iba tu proceso de recuperación, y me contaban, muy poco, pero lo hacían. No sabes lo mucho que me dolía escuchar que te borraban la memoria, casi cada semana. ¿Ahora estas mejor? —veía como Elvira se preocupaba por mí. Aquello me aliviaba. Realmente quería estar con ella.

—Estoy mejor, mucho, mucho mejor. Ese sitio no era un hogar, eso seguro. Pero me enseñó lecciones que jamás olvidaré. Ahora soy otra persona. Y trato de mejorar mi vida. —decía con una sonrisa.

Elvira me miraba orgullosa.

Poco después comenzamos a salir, aunque no le conté que seguía viendo a Mango, tampoco se lo había contado a mi nuevo psiquiatra.

—¿Y Marina? —le pregunté a Leo, mi nuevo psiquiatra, Marina me lo había recomendado.

—Marina, la doctora que te trató hace año y medio. —decía Leo ajustándose las gafas de una forma profesional.

—Sí, la misma.

—Ella ya no quiere tratarte. Después del último incidente... por lo que dice tu expediente del hospital psiquiátrico, no lo recuerdas. —leyó Leo.

—No, no recuerdo nada de eso. Pero me han contado que la atacó.

—Así es. Ha decidido que no va a tratarte más. —suspiró el psiquiatra.

—¿Estoy en problemas? —pregunté.

—Bueno, no quería tener que contártelo yo, pero me lo han pedido. Esta misma noche te van a transferir a la prisión para los enfermos criminales de Barcelona. —decía el psiquiatra preocupado.

—¿Qué he hecho? —dije en voz alta, casi gritando. Estaba entrando en pánico.

—Lo preocupante es que no lo recuerdas. Tienes esos “blackouts”, es peligroso para el resto de las personas.

—¿He... he matado a alguien?

—Cuando tuviste tu primer momento en negro, tu familia murió quemada, la segunda vez un compañero tuyo de clase apareció muerto, y la tercera, golpeaste a tu psiquiatra. La policía no tiene pruebas suficientes para probar los primeros dos aspectos, pero Marina te ha denunciado. Lo siento mucho Eduardo. —explicaba el psiquiatra.

Me quedé atónito, parecía que me había esforzado tanto para nada.

Acto seguido a Eduardo le entró el pánico, hasta que se desmayó.

Eduardo está en la camilla del hospital sudando. Se sacude y sus manos empiezan a agitarse y a moverse con fuerza. Su abuela está a su lado, le mira emocionada.

—¡Ahhh! —grita Eduardo.

Su abuela lo abrazó con fuerza. Estaba llorando, muy sorprendida y realmente feliz de verle despierto.

—¿Dónde estoy? —preguntó Eduardo.

—Estás en el hospital Santa Lucía, has estado aquí un tiempo. —dijo Susana, su abuela.

Eduardo se dio cuenta de que era su abuela, hace tanto tiempo que no la veía... la abrazó.

—Oh, Eduardo. —sonrió Susana.

—Tus padres han fallecido en un incendio, al igual que toda la familia. Lo siento. —dijo la abuela entristecida. —Hace mucho que quería decírtelo, todo este tiempo he pensado en cómo sería hacerlo, y cuál sería el mejor modo. Aunque supongo que no hay una buena forma de dar estas noticias.

Eduardo estaba muy confuso, realmente confundido. Recordaba todo por lo que había pasado; Mango, el psiquiátrico, el incendio... pero, ¿había sido todo un sueño? ¿Su imaginación? ¿Un augurio?

—¿Cuántos años han pasado? —Eduardo estaba realmente preocupado.

—Han pasado cinco años desde el incendio.

¿cinco años? ¿de verdad? Eso quiere decir que prácticamente nada de esta odisea había sido real, la verdad es que me costaba mucho creerlo, era como si no supiese si lo que estoy viviendo ahora mismo es real o no.

—¿Por qué estaba en coma? —le pregunté a mi abuela.

—Bueno... terminaste en la misma habitación que toda la familia. Tuviste quemaduras de segundo y tercer grado, pero sobreviviste. Una mujer incendió la casa. —se irritó la abuela.

—¿Se sabe quién provocó el incendio?

—Claro, esa mujer ya está en la cárcel.

—Entonces... ¿no fui yo? —pregunté.

—¿Tú? Pero, claro que no. Estabas en la habitación, lamentablemente. Menos mal que no te ha ocurrido nada.

—No lo sé, no entiendo qué es lo que pasa. Realmente no comprendo nada. He vivido ya todo, tengo dieciocho años.

—No Eduardo. Tienes quince, pero no te preocupes que en ocasiones cuando las personas despiertan del coma pueden estar confusos.

—Claro, entiendo. —reflexionó Eduardo.

Pero en realidad no lo entendía. No lo comprendía. Sentía como si mis realidades estuviesen dando vueltas de 360 grados.

Recordé lo que me había dicho mi abuela, hace muchos años, o al menos eso parecía.

“Las cosas pueden parecer distintas después de un coma, tu realidad puede modificarse.”

Puede que esas palabras no fuesen más que pensamientos de mi subconsciente. Mi otro yo advirtiéndome de que necesitaba realmente despertar y no creer en esa otra realidad.

Pero, ¿Cómo puedo distinguir entre la realidad y la ficción?

Me había quedado mirando a la pared completamente callado.

—Comprendo que puedas sentirte muy extraño, fuera de lugar y confuso. Te dejaré a solas para que puedas entrar en diálogo contigo mismo y comprender

las cosas de mejor forma. —me dijo mi abuela mientras que se iba.

Escuchaba sus palabras pero no podía reaccionar a ellas, estaba en shock, paralizado y callado.

Tenía miedo de volver a dormirme y después despertar en otra realidad. Me resultaba extraño haber despertado del coma justo cuando iban a meterme en prisión.

Me aterraba la idea de que mi mente hubiese creado dos dimensiones paralelas. Todo para escapar de mis traumas, para poder olvidar el pasado.

Toda esta terrible odisea había ocurrido por no tener la capacidad de olvidar. Por no poder avanzar. Por castigarme y querer ir atrás una y otra y otra vez. Era tan terrible que hasta me costaba trabajo respirar.

Quería echarme a llorar, quería romperlo todo. Quería suicidarme, pero nada de eso ayudaría.

Si lo que vi fue real, si mis visiones eran correctas, y si ese es el futuro que me espera, puede que aún pueda salvar a Mango.

Mi abuela volvió con una taza de té con leche.

—Ten hijo, he avisado a las enfermeras que has despertado. Dicen que te prepararán un delicioso desayuno. —me dijo mi abuela.

Mis tripas empezaron a rugir, sí que tenía hambre.

Empecé lentamente a quitarle importancia a los asuntos. Dejé de darle importancia a lo que había vivido y a lo que había visto, pues después de todo, lo más importante es el ahora.

Abracé a mi abuela con fuerza.

—Te quiero mucho. —le dije.

—Oh, yo también querido. —me respondió. De pronto ella se me quedó mirando.

—¿Por qué lloras?

Era extraño, ni si quiera me había dado cuenta de que estaba llorando, puede que fuesen las hormonas de la adolescencia, ya me había desacostumbrado de ellas.

—No se, me siento raro —le dije.

Puede que al principio le resultase extraño que dijese esas palabras ya que desde su punto de vista era la primera vez que escuchaba que toda mi familia había fallecido.

Mi abuela me observó y sus ojos se iluminaron. Comenzaron a brillar con lucidez. Me di cuenta de que me entendió.

Susana se quedó dormida en el sofá. Yo mientras tanto comencé a reflexionar acerca de lo que estaba ocurriendo y de lo que iba a ocurrir.

Me tranquilizaba pensar que era otra persona.

Unos minutos después me fui a dormir con un sentimiento de calma en el alma, pero a la vez de incertidumbre, ¿qué ocurrirá?

Eduardo volteó a ver la ventana; tenía una pequeña grieta, parecía que se estaba rompiendo.

Rara vez encontramos a alguien que esté muy satisfecho con su presente, la mayoría nos pasamos parte de nuestra vida quejándonos, recordando situaciones anteriores, mencionando lo bien que estaba todo antes y es que, hubo un momento en el que eramos felices. A veces imagino la vida como una bola de nieve, parece que cuando algo bueno pasa, la superficie es plana, pero cuando pasa algo malo, la superficie se inclina, y la bola comienza a rodar, todo afecta mucho más y siempre se puede ir a peor, como si fuese un pozo sin fondo. Hasta que un día, pasa algo, es como el árbol que detiene a esa bola. No sabes el tiempo que va a durar, no sabes si ese acabará también cayendo

Es complicado cerrar una etapa de la vida para dar comienzo a la siguiente, a veces nos bloqueamos, y esos bloqueos pueden durar años. Más aún cuando esos pensamientos son intrusivos, cuando hay señales por todas partes que igualmente te hacen recordar ese malestar. Esas señales...

Quizás la clave está en aprender a perdonarnos y valorarnos.

Al cabo de un par de semanas me dieron el alta y salí del hospital. Fui a casa de mi abuela a dejar mis cosas, aún me sentía un poco dolorido de haber estado tanto tiempo tumbado.

Salí de la casa a que me diese un poco el aire, realmente lo necesitaba. Me propuse empezar de cero, decidí que empezaría ir al psicólogo e intentar ser un poco más optimista, también quería aprender a perdonarme y reflexionar sobre todo lo que había aprendido estando en coma tanto tiempo. En resumen, quería dejar el pasado atrás. Sabía que iba a ser difícil pero, ya no había nada para impedirmelo.

Me apetecía mucho tomar café, no recordaba si en la vida real llegué a tomar uno. Pasé por delante de un colegio, me acordé de que tenía que apuntarme cuanto antes para no seguir perdiendo años. Era extraño, no veía a nadie por la calle, todo parecía desértico.

Seguí caminando y pasé por delante de una consulta, la cual también parecía vacía. Estaba oscureciendo y no se donde iba, cuando de repente se puso a llover con mucha fuerza. Me metí en una casa que parecía abandonada, empezaba a tener mucho miedo.

La casa estaba completamente destrozada, olía bastante mal y tenía mucho frío. Decidí subir las escaleras de la casa, estaba todo lleno de cristales, al cruzar la puerta me encontré un espejo resquebrajado el cual tenía la parte visible borrosa, cosa que era rara en un espejo.

En la habitación había un cuadro, me acerqué en ese momento y, cuando lo vi, mi cuerpo se paralizó por completo al verlo y leer el título.

“Incendio provocado” - Margaret Saguer.